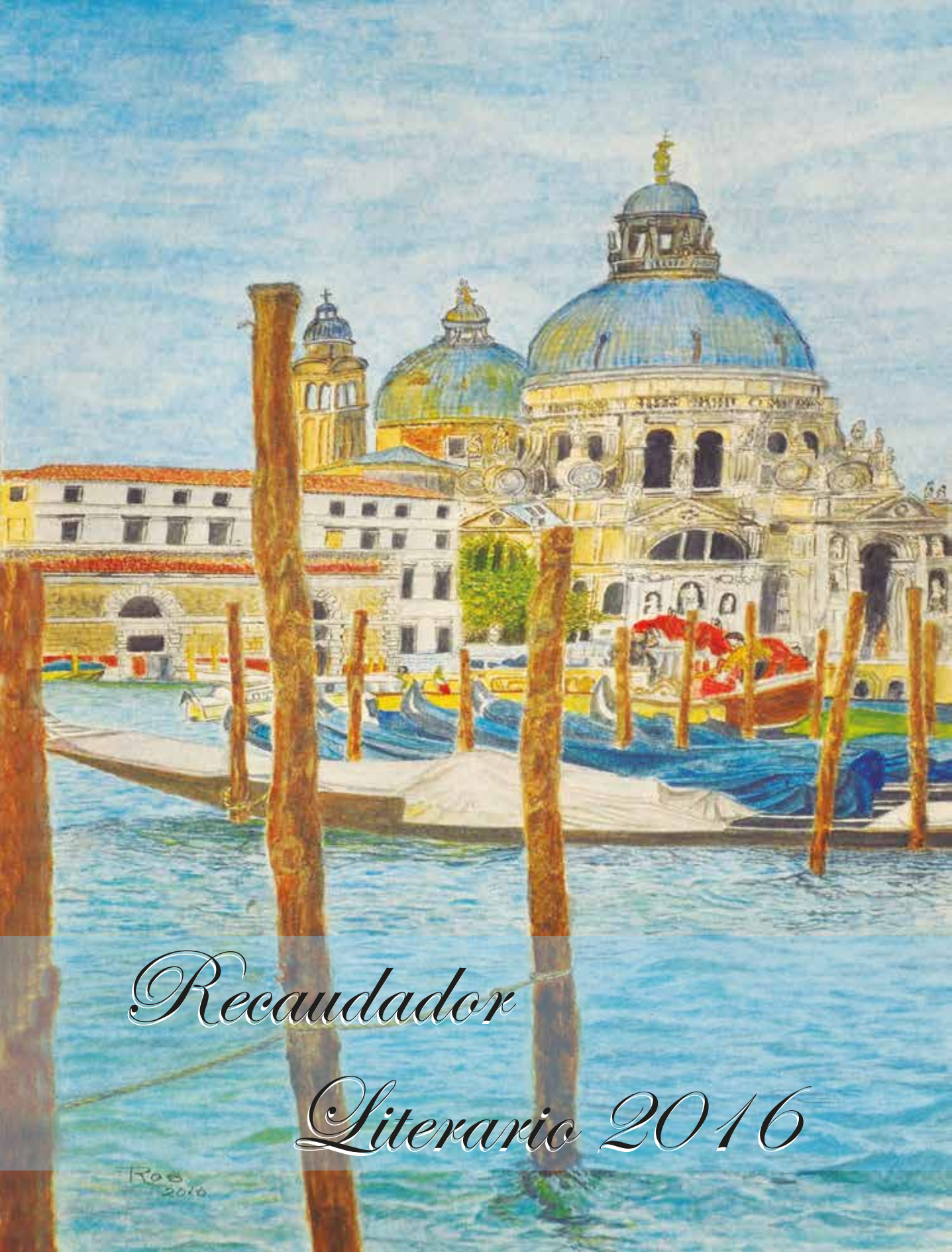

Recaudador
Literario 2016

Recaudador Literario 2016

Índice

Presentación.....5

Leer para escribir.....7
Humberto Lázaro Rivas Pérez

Extracción de pigmentos naturales.....57
Rosalinda Pineda Ibarrola

Arte con materiales reciclados.....73
María Elena Reverte Silva

Cartonería.....81
Augusto Quevedo Lara

Cerámica y modelado en barro.....87
Rosalba Vázquez García

Acuarela.....105
Beatriz Gaminde

Dibujo de la figura humana.....112
Beatriz Gaminde

Dibujo y pintura.....117
Eliseo Adrián Soto Villafaña

AdentrARTE a la plástica.....137
Rosario Monroy Castillo

Diseño tridimensional de piezas de madera.....151
José Antonio Pérez Luna

Impresión-ando libros.....159
Wilfrido Salvador Eugenio

Fotografía contemporánea.....175
Arturo Betancourt Rosales

Acuarela. Luz y color.....189
Roberto Mendiola Cruz

Técnicas fotograficas alternativas.....207
César González Trinidad

Presentación

La Dirección General de Promoción Cultural y Acervo Patrimonial de la Secretaría de Hacienda y Crédito Publico contribuye significativamente al desarrollo cultural de la población desde diferentes ámbitos.

El Centro Cultural de la SHCP ha cumplido durante más de 35 años, con la indispensable función social de educación, acercamiento y sensibilización en el arte. Año con año, distintos grupos se ven beneficiados por el trabajo comprometido de maestros de las diferentes disciplinas que brindan talleres de artes plásticas, danza, literatura, apreciación artística, fotografía, teatro y música.

A continuación presentamos una breve introducción de cada taller con algunas fotografías de los trabajos realizados por los participantes durante el año de 2016. De esta manera, el Recaudador funge como testimonio de la actividad del Centro Cultural, de los avances y logros de los alumnos así como de la labor de nuestro equipo de trabajo y la sinergia y colaboración con otras instituciones.

Veintinueve talleres, más de 800 alumnos, alrededor de 80 eventos abren en este recinto cultural un paréntesis en el tiempo y espacio, donde disfrute, reflexión y aprendizaje confluyen como una oportunidad de desarrollo personal.

La presentación de esta publicación forma parte de la XXII Muestra Anual de Cursos y Talleres de la SHCP, que tiene lugar en el Centro Cultural de la SHCP y en el Museo de Arte de la SHCP, Antiguo Palacio del Arzobispado.

José Ramón San Cristóbal Larrea
Director General de Promoción Cultural y Acervo Patrimonial, SHCP

Leer para escribir

A propósito de los textos:

Para este número de nuestro Recaudador Literario 2016, los participantes han trabajado y depurado sus textos a partir de las lecturas recomendadas, observándose un avance notable en los que ya cuentan con la experiencia de los talleres previos. De la misma manera, podemos saludar a los nuevos integrantes del taller, elogiando sus noveles aportaciones que impulsan con un nuevo aliento a este Proyecto de Leer para Escribir.

Procede señalar que algunos relatos tuvieron como referencia o punto de apoyo una oración del cuento "Buenas intenciones", del libro Extrañando a Kissinger, del autor israelí Etgar Keret.
Como siempre, resulta gratificante, compartir con nuestros lectores el despliegue de ingenio e imaginación mostrado en los cuentos aquí reunidos.

Humberto Rivas

Crónica de un vampiro

María Adriana García Bustos

Día 1

— ¡Odio a todos, necesito dolor para sentirme vivo!— fue el pensamiento obsesivo del joven adolescente. Aprovechando la distracción de la profesora, se separó del grupo en el museo. Empujó la puerta de la bodega que en un descuido alguien había dejado abierta. Necesitaba recurrir a lo único que le ayudaba a calmar su ansiedad. Sacó el cúter de la bolsa del pantalón. Con la punta de la yema del dedo comprobó si aún tenía filo. Levantó la manga del suéter escolar descubriendo el brazo y empezó a hacer cortes en la piel sana y luego sobre las múltiples cicatrices de heridas anteriores. El dolor y la sensación tibia de las gotas que empezaban a brotar le fueron dando cierta tranquilidad. El murmullo juvenil y la voz fuerte de la guía fueron alejándose. Lánguido, se sentó sobre el baúl antiguo y cerró los ojos. Un hilito de sangre se coló por la madera apolillada, cayendo justo en los labios del vampiro.

Día 2

Despertar después de ciento cincuenta años implica una serie de inconvenientes; sobre todo si dormiste en una posición incómoda. Me precio de ser un digno caballero hematófago, por lo que el sabor de la sangre me reanimó por completo. Ignoro en que día vivo, quiero escapar de este lugar. No hay algún ruido que me parezca conocido. Tengo la certidumbre de que han pasado muchos años.

Evoco el momento en que, después de una opípara cena, fui perseguido por una gavilla de cobardes que me atacaron sin piedad. Encontré refugio en una habitación, pero no pude llegar hasta mi ataúd. Burlando a mis perseguidores, me metí en el primer baúl donde se guardaban los manteles del castillo para esconderme entre ellos.

Esperé mucho tiempo a que cesaran las blasfemias de esos desarrapados. Intenté huir, pero el ama de llaves después de colocar algunos manteles dio vuelta a la llave de la cerradura. Fatigado, hice un recuento de mi vida errante, colmada de francachelas y aventuras, así me venció el sueño.

Día 3

—Enton's qué ¿dónde lo ponemos?—rompió el silencio la prosaica voz, al mismo tiempo que cuatro hombres cargaban el baúl para colocarlo en una tarima con ruedas.

—Po's en la sala cuatro— respondió otro, arrastrando las palabras.

— ¡Esto pesa más que la caja de un muerto!— protestó un tercero.

El golpe seco con el que lo depositaron fue suficiente para alterar la paz de su ocupante.
— ¡Órale con cuidado! Si le pasa algo nos lo cobran como nuevo— agregó el primero en tono de chascarrillo. Los trabajadores a cargo del traslado aprovecharon el momento para celebrar la ocurrencia, riéndose a carcajadas.

Día 4

He pasado todo el tiempo buscando entre mi ropa un alfiler o algo que sirva para horadar el baúl y por fin lo hallé. El camafeo que me dio como recuerdo la Condesa de Hungría, aventura que feliz rememoro, ha resultado perfecto y esta vieja cerradura cedió ante mi tozudez. Después de saborear sangre joven, me he llenado de sentimientos opuestos. Me atenaza el dolor, pero pronto me inunda una inmensa dicha, deseos de recorrer el mundo. Un instante después un torvo desconsuelo ante esta vida falaz. Así se apodera de mí un vacío existencial que en siglos, juro por mis ancestros, no había sentido.

Día 5

Espero no hacer mucho ruido, porque fuera de este recinto transita gente todo el día. A veces unos cuantos pasos, luego voces, bullicio que interrumpe mi sueño. Y la misma leyenda que repite constante, la voz melodiosa de una dama:
"Este baúl antiguo de origen rumano data del siglo XVIII, forma parte de la colección del Museo. Fue adquirido por el empresario alemán y coleccionista Franz Mayer y traído a México en 1930. Estuvo en bodega durante 75 años. Después de ser restaurado con técnicas modernas se expone al público por primera ocasión en el año 2015. Hasta el momento es un misterio su contenido, pues no tenemos la llave".
Mi curiosidad es grande. ¿Estoy en México? ¿Cómo es el mundo en 2015? Hoy en la noche lo sabré.

Día 6

¿A dónde vine a caer? Salir del baúl no fue muy difícil, sólo levantar la tapa sigilosamente. Desentumecer las piernas y los brazos. Una absurda y efímera idea me inquietó, pretendí mirarme en un espejo para constatar que mi atuendo se encontraba en excelentes condiciones y que luciría soberbio el negro jubón de terciopelo. Casi lo olvido, mi imagen no se refleja en el espejo.
En el reloj de pared sonaron nueve campanadas. Revisé el reloj de oro que pende de mi leontina y le di cuerda. Pensé que a esa hora reinaría la calma. Abrí la ventana más cercana, admiré la noche lóbrega y a volar.
Enormes luces de colores me deslumbraron, ruidos estruendosos hirieron mis oídos.

Ya no había carretas tiradas por caballos, sino veloces monstruos metálicos por tierra y, peor aún, por el cielo.
Muchedumbre que se movía de un lado a otro, entrando y saliendo de túneles en los que, llegué a suponer, encontraría la placidez de la obscuridad. Estaba errado, era una estación de trenes subterránea.
Mi temeridad me hizo aventurarme. ¡Oh de mí alma peregrina! Me atreví a entrar en un tren.
Espantado por el exceso de luz, preocupado de que mi indumentaria despertara sospechas. Pero todo lo contrario, nadie reparó en mi vestimenta. Hasta que se posó en mí la vista atenta y maliciosa de un niño que insolente me señaló con el dedo.
— ¿Mamá ese es un mago o un vampiro?— gritó descaradamente.
— ¡Por supuesto que no, hijo! Ese señor estrafalario tiene toda la facha de un "Dark" o de un "Gótico"— respondió la madre retirándolo con desconfianza.
Los demás simplemente me ignoraron.
El arte de seducción que desarrollé en tantos años, charlando y mirando directo a los ojos de mi probable víctima, aquí, ha fracasado. No conversan ni se miran entre sí los seres humanos. Absortos en deslizar sus dedos sobre unas pequeñas cajas, hablan solos, cuando la acercan a la oreja. Otros colocan tapones en los oídos y con hilos se unen a ella. Están aislados, sin alma.

Mi amplio conocimiento de las lenguas romances, me permitió comprender lo que en un edicto se encontraba escrito: LOS RIESGOS DE TENER CONTACTO CON SANGRE INFECTADA POR VIH O HEPATITIS C, me hizo dudar si sería conveniente continuar con mi devoción por el plasma.
El calor y el aroma picante de los plebeyos me sofocaron, necesité aspirar un poco de aire fresco. Me alejé de ahí y cuando quise consultar la hora, mi reloj con la leontina ya habían desaparecido.
Al salir del subterráneo me aguardaba un espectáculo que me horrorizó: ¿una procesión de zombis? Supongo que en un estado de putrefacción más avanzada, con respecto a los que vi en los trenes. Porque estoy convencido de que, en esta época, todos son muertos vivientes.

La muchedumbre se detuvo para verlos pasar, extasiada. Por primera vez noté que la gente sonreía. Raudos sacaron las pequeñas cajas y con ellas les lanzaban destellos. Al principio pensé que para mantenerlos a distancia o para robarles el alma, si es que les quedaba algo de ella. Otros más arriesgados detenían a los zombis para abrazarlos y pedirles que miraran frente a las cajas recibiendo juntos el destello.
Día 7
Recuerdo haberme alejado de la gentuza, seguí por vericuetos que me permitieran retornar al museo. Como murciélago, inicié mi vuelo taciturno entre callejuelas de construccio-

nes barrocas. En algún torreón antiguo medité lo desdichado que era, sin fortuna y tan lejos de mi suelo natal. Hambriento, triste y abatido busqué el sosiego de aquel tiempo viejo, deteniéndome en el húmedo frescor de un árbol, lloré mis miserables congojas. Así llegó la madrugada que me envolvió en un brumoso letargo.

La alborada me devolvió mi forma humana cuando aún pernoctaba. Transcurrieron muchas horas, lejanos rumores me sacaron de aquel sopor. ¡Estaba ahí suspendido del árbol!, como un fruto maduro a punto de caer.

El sonar de monedas que los viandantes fueron depositando en el suelo, ante mi actitud estática, terminó por despertarme. Después comprendí que me habían confundido con otros mendigos, que recurren al disfraz para obtener una dádiva, fingiendo ser estatuas vivientes.

Sintiendo que había deshonrado mi lustre y decoro, descendí, pero el regocijo popular que con palmas celebraba mi hazaña me devolvió el aplomo y una embriaguez de gloria se apoderó de mí. No me resistí a tal homenaje.

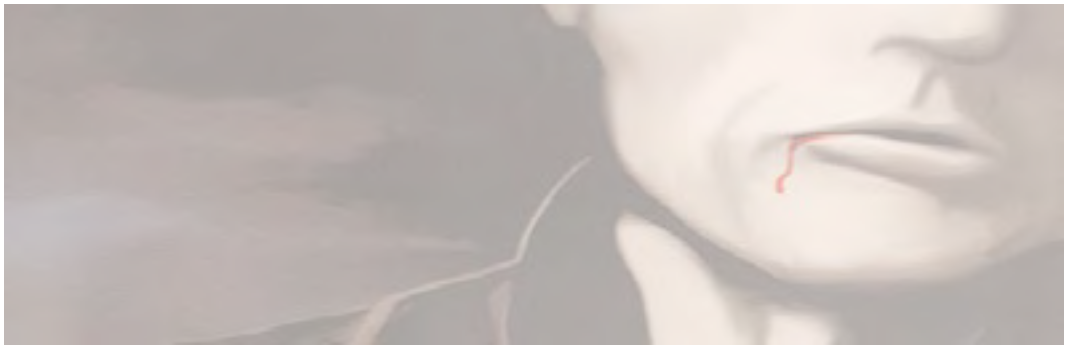
Intempestivamente un ganapán me increpó, exigiendo el pago de un tributo para poder realizar aquel espectáculo, pretendiendo hurtar mis monedas. El desdén repentino que mostré ante aquel truhán, lo enfurecieron retándome a duelo. Luché como un caballero, cuerpo a cuerpo. Resultando triunfante en la contienda, culminé la misma clavando mis colmillos en su cuello y bebí toda la sangre que pude hasta dejarlo exánime.

Abrumado por la culpa y en un sincero acto de arrepentimiento traté de justificar mi mal proceder, explicando los motivos para defender el honor y la honra; así incité a la turba a luchar por la justicia, y bastaron esas palabras para que los aldeanos se aprestaran a levantarme en hombros y como un héroe salí, una vez más, de los triviales incidentes de la vida.

Fui elegido como el Líder de los Ambulantes, Artistas Callejeros y Comerciantes establecidos del Centro Histórico de la muy Noble Ciudad de México.

No desdeñé el ofrecimiento, después de todo es un cargo vitalicio.

Por el alimento no debo agobiarme, con las retribuciones que acumule de mis cinco mil agremiados tendré fortuna suficiente para comprar mi manjar, por supuesto en un Banco de Sangre Segura.



El Padre Polo

Alfonso Rojo Dueñas

Durante la misa del Jueves de Corpus celebrada por un diácono adjunto, estuve pensando en mandar todo al carajo, y olvidarme del proyecto de apoyo a familias desprotegidas del rumbo de Aragón. La alegría de los niños vestidos de inditos con gran colorido, los animalitos asustados al ver tanta gente, el altar de la iglesia repleto de nardos perfumados y blancas gladiolas, la armoniosa música del órgano y el aroma especial del incienso, me parecieron ridículos y sin sentido. El júbilo que antes sentía con estas ceremonias se esfumó después de leer la carta del padre Polo; aún no puedo asimilar lo que me dice en ella.

Por tradición familiar he sido un apasionado de las obras de caridad. Mi padre murió en la ruina a causa de haber dado todo para ayudar a la gente más necesitada del vecindario. Crecí muy apegado a la religión, fui acólito durante la niñez, pensando siempre que yo sería sacerdote católico; pero al quedar huérfano, decidí ponerme a trabajar para ayudar a mi madre, así que me olvidé del sacerdocio, aunque no de las causas caritativas que me agradaba desempeñar, bajo la tutela del padre Polo, el párroco del Templo la Resurección.

Lo conocí desde su llegada a mi comunidad, su juventud y entusiasmo conquistó la simpatía de todos los fieles y los más allegados le brindamos nuestro apoyo incondicional en todo lo que él emprendía. Siendo yo líder del grupo juvenil, era uno de sus "favoritos"; a él le agradaba que aportara ideas para organizar eventos que dejaran dinero para mantenimiento y mejoras de nuestra parroquia y para las obras de caridad; organizaba rifas, tómbolas dominicales, kermeses, bailes, etc. y el padre Polo me apoyaba completamente.

Así fue naciendo mi plan de reunir mucho dinero para la construcción de una miniplaza en los terrenos adjuntos al templo; se rentarían los locales y tendríamos una ganancia mensual para otorgar becas y donar despensas en nuestra comunidad. Al principio, el padre no estuvo muy convencido, pero poco a poco se entusiasmó y logré que autorizara una campaña para reunir fondos, no sólo en la colonia sino acudiendo a empresas y comerciantes establecidos con la promesa de darles comprobantes para reducir impuestos por sus aportaciones. Pero nuestros esfuerzos no avanzaban con certeza.

Y además, al poco tiempo, de manera inexplicable, nuestro párroco empezó a faltar mucho a las reuniones con los grupos religiosos, descuidando la administración y sus obligaciones eclesiásticas; cuando le pedíamos su asistencia, con una sonrisa nos convencía de que nosotros nos hiciéramos cargo de todo mientras él atendía no sé cuántas actividades personales.

Cuando yo revisaba los resultados de nuestra campaña de colecta de fondos, me desanimaba por los pobres resultados, pensaba que a ese ritmo jamás lograríamos reunir los dos millones de pesos que calculamos con el padre para iniciciar la obra; aún así, no permitía que el pesimismo apagara mi entusiasmo.
El domingo antes de la misa para niños, el padre Polo me pidió que lo esperara para platicar después de la ceremonia. Contento porque iba a comentarle mis inquietudes, lo esperé en la sacristía y cuando terminó, nos fuimos a su oficina. Lo vi muy sonriente y casi eufórico, me pidió que lo pusiera al tanto de mi proyecto y después de escucharme con atención pero casi divertido, me dijo que no perdiera la fe porque él estaba seguro de que todo saldría como teníamos planeado, más pronto de lo que me imaginaba; nos despedimos una hora después, me dio un abrazo muy fuerte más prolongado que nunca, lo cual me pareció normal y lógico después de tanto tiempo sin reunirnos. Más tarde entendí que era una despedida.
La noche del miércoles, vispera de la fiesta de Corpus, me encontraba solo en casa, escuché el ruido de una motocicleta que se detuvo justo enfrente, alguien tocó muy fuerte la puerta, y al salir alcancé a ver a un hombre que se retiraba poniéndose un casco negro y subiendo nuevamente a la moto en la que llegó, me hizo señas que no entendí claramente. Con la mirada busqué en el pequeño jardín, tratando de descubrir lo que el hombre me indicó con su mano.
En el buzón me esperaba un sobre abultado, lo abrí y conté el dinero. Estaba todo lo que necesitaba para el inicio del proyecto.
Sumamente nervioso entré a casa, temblando y con la boca seca, me senté a la mesa y volví a contar el dinero, sentía los golpes del corazón en mi pecho en franca fibrilación; minutos después me percaté de que en el sobre venía también una carta manuscrita, era la letra del padre y sentí júbilo, con manos aún temblorosas la empecé a leer con ansiedad.

Mi querido hermano en Jesucristo:
Antes que nada, te pido que te tranquilices, el dinero que acabas de recibir debe ser utilizado para empezar la construcción como lo ideaste, y tú tendrás la responsabilidad de concretarla. Te ruego que no hagas conjeturas sobre la manera en cómo lo reuní, simplemente piensa que tu proyecto es una obra divina y vale la pena hacer lo que sea para lograrlo.
El domingo que platicamos no quise decirte que me voy de la parroquia y del sector episcopal; he renunciado a mi apostolado, ya no estoy de acuerdo con la forma en que se llevan las cosas, me siento desilusionado y traicionado, así que acepté un trabajo que me aleja de esto que me hacía infeliz.

Además, mi vida ha cambiado drásticamente, estoy enamorado de una hermosa mujer con quien ya vivo ahora, juntos dirigimos una célula del Cártel de Tepito.
No inviertas mucho tiempo en tratar de explicarte todo esto, simplemente acéptalo.
Seguirás recibiendo apoyo sin involucrarte conmigo, hasta que se termine la obra, Dios nos entenderá, ¡yo te lo garantizo!.
Polo.

Después de leer la carta estuve analizando detenidamente todo esto que me parecía demencial; pasaron por mi mente muchas ideas, por momentos decidía seguir adelante, pero me arrepentía de inmediato pensando en las consecuencias de verme involucrado en algo tan arriesgado; por otro lado, me sentí culpable por haberle dicho al padre que se necesitaba tanto dinero; luego desviaba mi atención para reprobar las acciones del padre Polo, pero cambiaba mi juicio para justificarlo. En fín, no dormí nada en esa noche que me pareció interminable.
Y hoy al amanecer, muy agobiado y nervioso, tenía mi decisión tomada: A pesar de la gran tentación que el padre Polo acababa de ponerme, no aceptaré su dinero. Esperaré a que vuelva a contactarme para devolverle el sobre y su contenido.
Que mi amigo hoy ex sacerdote viva su vida, que sea feliz y que la justicia divina se encargue de juzgarlo; él dice que Dios entenderá, pero en esto, yo no quiero que me entienda, además, él ya no puede garantizarlo.

Que se consume el…

Alicia González Ascencio

Camino torpe, a empellones, como si la suela carcomida del zapato se aferrara al pavimento.

La planta encallecida se adhiere a la superficie como ventosa protegiendo al ser inestable. Porque es bien cierto que carne pegada a los huesos, muy poca queda. Algún que otro cuarteado pellejo que en los célibes años cubrieran fuertes brazos, y los pliegues del mentón que hoy cuelga flácido, renuente al sustento.

A cada paso, pareciera que en lugar de avanzar, me fuera hundiendo en el asfalto por el peso de la osamenta, y sospecho que de tan sólo figurarlo, el cuerpo exánime, seducido cual Ulises por el canto alucinante de los que habitan el fondo, renuncie dócil al universo hasta esfumarse de la faz de la tierra y no quede otra seña de mí, sino la evocación.

Anciana soy, ni duda cabe. Véase como se me vea, porfía demente sería ocultar las antaño torneadas piernas, que al momento se tuercen halando la existencia.

A través de la rala cabellera se trasluce la maraña de recuerdos.

Las escasas hebras plateadas que aún se peinan sirven de malla al aliento que prevalece en el instinto. Siete, que no tres… aunque presuma la insolencia, ya que el socorrido número coincide con el de los hijos; y sépase que si hoy los sumara uno más uno, no me saldrían bien las cuentas. Qué se hace si en el ocaso de la vida trashumante, es el alma quién primero abdica y al cuerpo marchito ya no le quedan fuerzas para seguir corriendo detrás de ella antes de quedar sin soplo que declare a la materia, finita.

Las hebras que recubren las arrugas de la frente ocultan entre los frunces el periplo de una vida. ¡Y vaya que si cargué valijas de un rincón del mundo a otro del hemisferio con todo y casa empacada a cuestas! -Verás que allá en la frontera podrás instalar bien tú cama, y no te angusties querida, ahí no tendrás que cerrar los ojos para que no se enrojezca el azul con el sahumerio del fogón.

Me juraba siempre la prosperidad efímera que alguna vez alcanzó hasta ver el árbol rebosante de guayabas en escondido pueblo purépecha. Tan efímera como siento hoy el alma que amenaza con fugarse, también con la ingenua promesa de llevarme a bíblico paraíso en donde podré vivir eternamente, sin necesidad de estar con el santocielo en la boca, nada más aguardando la sentencia de apretujar a los hijos en brazos y emigrar a tierras promisoras, hacia distante península norteña en dónde alguna vez, décadas ha, se contempló fundar la nueva Jerusalén.

Delgadas hebras sostienen las orejas vencidas que guardan enroscadas entre los plises, aquellas, las delirantes promesas, tanto del Uno, como del alma. Pues quién me dice a mí que ésta sí tiene palabra y que puedo confiar sea dogma. Para que no me angustie más arrastrando posesiones hasta la banca del próximo andén en donde siempre espera sentado el destino halagüeño, pues voy al lugar en dónde no hará falta lecho para descansar vanidades, ni tendré que tronarme los dedos angustiada por el arroz de la

sopa, y sobre todo, ahí no volverá a deslavarse el azul con lágrimas vertidas cada que lloran angustiadas, anhelos alegrías y sin sabores, -igualito como dice la canción que tanto me gusta- del viejo amor, ese mismo que vigila atento desde pueblos distantes el crecer de los hijos, con catalejo.

Los brazos se mecen al costado del encorvado torso. Tan largos y cenceños que parecen escarbar el suelo con los muñones. Y jurar que en tibias primaveras estrecharon al hijo para mecerlo en la cuna, y reciente, de cara al crepúsculo amenazador, ansían remover la tierra que servirá de refugio.

Porque no es el grito de la sangre el que me llama, si no que me subyuga el que emana de lo profundo. Tiemblo nada más de pensar que en cualquier descuido pueda encorvarme el peso y me empine de cabeza, realidad vergonzante que me dejaría expuesta y andeusteasaber si ya está cosido el sudario que cubrirá las miserias.

Me abruma aceptar que he rebasado por mucho la permanencia en la tierra. Los que andan por aquí ni siquiera se percatan de la desolación del ser atribulado y me ven, sin mirarme, quizá menos que a mi sombra, -debe ser que me he transformado en espíritu. Me esfuerzo, hago señas, que alguien me explique en qué lugar me encuentro, aunque nadie sepa a dónde voy… ¡Quién lo sabe!

Me siento paralizada por el recuerdo que traigo como soga atada al pecho, escoriando la piel translúcida que todavía me protege.

Después de torpe y nulo intento por averiguar en qué sitio estoy, alcanzo a distinguir la pétrea puerta de bienvenida a la entrada del recinto -Debe ser el lugar al que se conduce el cuerpo consumido. Hago acopio de la energía que resiste, y es la voluntad quien se encarga de trasponer la entrada. ¡Huele a nardos!...

¡Tengo miedo!

En el atrio interior se concentra la muchedumbre desconsolada que silencia al arribo del personaje esperado. ¿Qué pasa? ¿Por qué me siento tan reprimida? Sólo consiguen ofuscarme los rostros abatidos que me observan y repiten admirados la monserga sobre la longevidad, ¡increíble!, de algunos cuerpos.

No sé bien de quién hablan. Me confunden, sin embargo, distingo a la misma gente de siempre que sólo se frecuenta en bodas y sepelios. Intento girar la cabeza para ver el color de mi vestido pero lo único que consigo es que la catarata que obstruye la visión oculte el color de la ropa que me cubre. -¡Cuánto hace que no nos vemos!- Escucho los comentarios gélidos que medio se derriten al abrazo del pariente. ¡No entiendo! Qué lugar es éste en el que me rodean todos los que están, pero sobre todo, la ausencia de aquellos que ya se han ido.

Familiares, amigos, los reconozco, se acercan enlutados a contemplarme y vierten lágrimas saladas que destiñen el rubor en las mejillas. ¡Pero qué pantomima es ésta! Por qué no se respeta el deseo iluso de ocultar al cuerpo enfermo debajo del ropero, la cama, y morir con dignidad, como los gatos, alejada del escándalo obsceno del espectáculo. Porque toda la ceremonia, no es más que mero morbo disfrazado. ¡Que se larguen

todos! ¿Y Dónde están los míos que impidan ésta farsa?
Molesta por el escrutinio impúdico que me asedia, desesperada, busco a mis hijos. Me urge hablar con ellos, sugerirles que, cuando menos, cierren la ventanilla para que nadie se asome antes de cerciorarme que tengo puesto el vestido azul y de que pueda acomodar con horquillas la melena prieta que tanto contrasta con la mirada. ¡Que me traigan el espejo! Me tienen que explicar qué pasa, por qué me siento tan confinada como si me hubiera encogido con todo y la casa encima. Que aclaren el motivo por el que ahora quieren llevarme sabrádiosdónde. Acaso no se dan cuenta de que, al menos aquí, no me asusta el viento rezumbando a través de los tablones, me cobijan las maderas. Que deje ya de rezongar, dicen, que cuál contraste si ya nadie podrá ver mis ojos y para que tanto alborote por el vestido si no va a gustarme el reflejo en el espejo. ¡No pensarán llevar sobre la espalda el peso de este cuerpo anciano cargándolo hasta la cima de la montaña para abandonarlo en un hueco entre peñascos sólo rodeado de cráneos y huesos! Como en aquella película japonesa que vi en tu casa, te acuerdas…, ni siquiera me interesé en saber cómo se llamaba porque me indignó; tanto, que me levanté furiosa mascullando entre dientes la crueldad del hijo aquél, a quién, como primogénito, le correspondía deshacerse de la madre vieja, ¡fíjate… de sólo setenta años!, que dizque para dejar lugar a las nuevas generaciones cumpliendo así con el ritual de la ley del pueblo. ¡Soy capaz de venir a jalarlos de las patas si se atreven a hacer lo mismo conmigo! ¡Bonitas costumbres esas! ¡No te digo…, si los hijos son igual de ingratos en todos lados!
Que ya me esté sosiega, que ni me mueva ni me ponga dura para que se puedan estirar bien las piernas entumecidas. Creen que me engañan… Me han de haber traído aquí con la argucia embustera de no volver, ¡en la vida!, a cargar maletas, y ahora resulta que quieren que viaje, una vez más, ellos sí que saben dónde; y el colmo, ésta vez, amenazan con despojarme de las pertenencias; tal como hizo allá en aquel pueblo perdido de dios, -hora que todavía no ha encontrar- el licenciado, ése que confiscó la Telefunken nueva, que porque, el marido mío, dijo, le debía dinero a su patrón.
¡Qué hacen estos hombres…, deténganlos! Es verdad que detesto el clima frío pero tampoco quiero que me lleven al horno que convertirá en cenizas al cuerpo engreído, y lo peor, ahí se va a chamuscar el alma inmortal, que de tan ligera, no alcanzará a cumplir la promesa de llevarme al paraíso, -en donde ya no hará falta cama ni he de preocuparé jamás por el llanto en la mirada- pues se calcinará abrasada entre espirales de la vorágine de las llamas. ¡Qué bárbaros! Ni siquiera me acuerdo si alguna vez aprobé la ceremonia del fuego. Que se esperen tantito hasta no hablar con los míos, con quién sea, ya verán que se trata de un malentendido.
¡Por qué nadie me escucha! Agáchense más, quiero que busquen a mis hijos de inmediato, deben andar por ahí perdidos entre la gente, cumpliendo ellos también, con la otra ceremonia. Que vengan pronto, cualquiera de los que resten de la suma, el que pueda. En dónde se habrán metido si nadie los halla entre los dolientes. Andarán muy ocupados

trazando surcos limítrofes para fraccionar la casa que recibirán de herencia sin detenerse a pensar cómo se repartirán los sueños con los que ahí jugaron al undostrespormí, y los de cada uno. Habrán olvidado que tenían que sostener en manos la casa que hoy hospeda al cadáver, antes de que se convierta en sustento de la carroña, para que la familia, sucesora ferviente de la costumbre atávica, arroje sobre ella puños de tierra de la existencia diseminada por carreteras, previo a depositarla en el lecho fúnebre para que así se consume el adagio…

De la existencia sólo quedará certidumbre hecha polvo disperso por el camino.

Lágrimas conmovedoras, palabras entrecortadas que la mente no descifra, y sin embargo, revolotean como epigramas en el ambiente frío de la babel que las acoge.

Semblantes demacrados que se inclinan a atrapar la póstuma remembranza antes de que la cubra el polvo diseminado de aquellas ciudades por las que anduve sin destino cierto, acarreando penas e hijos en las espaldas, y se integre al paisaje, en donde no es preciso que el origen se grabe en el cincelado del epitafio que oculta a la mortaja, si con el santiamén del coro plañidero de los afligidos, se conmoverán por igual, todos los soterrados calizos del cementerio.

¿Iglesia, cementerio?

Qué más da si en ambos lugares se depositan cuerpos, ya se trate de los que ostentan el festín a la luz de cuatro velas, o de los que, al momento del acorde final sucumben ante el canto fascinante del más allá.

La herencia

Ana Lilia Nájera Martínez

Heme aquí postrada en este lecho de dolor y desesperanza. Cuando mi neurosis no soporta los aromas de un hospital, ni los lamentos de mis vecinos aunados a los propios, trato poco a poco de adaptarme a las nuevas circunstancias de tiempo, modo y lugar de mi vida. Sin embargo, a veces me parece que en lo que queda de ella, no lo voy a conseguir.

Percibo cómo mis órganos empiezan a ceder ante esta enfermedad, y ella, la hija de mis entrañas no se aparece. Ha estado poco tiempo conmigo desde que comenzó la crisis de la púrpura. Antes me decía que le provocaba náuseas el olor que despedía mi aliento, y después mi cuerpo como si este apestara.

Trato de comprenderla y ponerme en sus sandalias, pero me resulta complejo. Tan complejo es, que tengo que recordar cómo fue que llegó a tener tal personalidad.
Cuando llegó a este mundo, ocupó un lugar privilegiado en mi vida y en mi corazón. Era lo único que me faltaba en aquella época, porque de lo demás ya me había encargado. La hice a mi imagen y semejanza: hermosa, exigente y perfecta en y ante todo.

Creía que tenía que ser así porque era una prolongación de mi ser. No debía faltarle nada. Procuraba su seguridad física y psicológica. Sus hábitos de alimentación adecuada, higiene y desarrollo físico, y principalmente sus habilidades intelectuales.

Le exigí demasiado en el colegio para que tuviera una enseñanza de excelencia, con una disciplina férrea, siempre "apegada al derecho, a la moral y a las buenas costumbres", tal y como lo resuelven los jueces en un convenio familiar, cuando las partes intervinientes lo someten a su consideración. Eso es, precisamente fui para ella como una juez y no una madre.

Recuerdo, que con una mirada la dominaba cuando ella no hacía las cosas cotidianas como yo las indicaba. No hacía falta gritar, creo que hasta me tenía miedo. Eso no me afectaba, siempre y cuando se cumplieran a pie juntillas mis órdenes, y sobre todo rápido. Había que ahorrar tiempo, y ahora, en esta cama mortuoria, esas horas guardadas se me devuelven en horas de agonía, y su pasar es tan lento, que apenas lo soporto.

Sé que me equivoqué, el tener una hija no iba por ahí, pero eran los recursos con los que yo contaba; y además quién tiene la verdad revelada. Si hubiera moldeado su corazón y su alma, a lo mejor no fuera tan frívola y hábil. Si le hubiera enseñado a compartir las vicisitudes de la vida, tal vez no fuera tan mezquina.
Si hubiera tenido más convivencia con ella, quizás no fuera tan solitaria... Si hubiera sido diferente, quién sabe, quizás nos podríamos despedir de una forma entrañable. Pero creo que ya son muchos "si hubiera", y ahorita en estos momentos de reflexión me sirven para nada o para todo.

Así también, acumulé un gran patrimonio: dinero, casas, autos, joyas y demás. Riquezas que las dos hemos disfrutado ampliamente. Por lo tanto, yo, la señora Gómez, me dejo cortar la cabeza, antes de dejar como heredera de todos mis bienes materiales a ella, a la única hija que no supe tener.

Error de cálculo

Ana María González Paz y Puente

Bruno sostenía su nuca con ambas manos, mientras, ensimismado, apoyaba los brazos en las piernas. La atmósfera lóbrega del penal se acentuaba, con la sensación helada que invadía su interior. Quiso reanimarse al considerar que había concluido su condena; se incorporó y caminó hacia el espejo que recortaba la pared desnuda. Replegó los ojos al ver su reflejo: tuvo que admitir que sus cabellos que se mostraban tiesos sobre su cabeza, rígidos y derechos, le conferían un aspecto cómico. ¿No resultaría igual su situación? ¿Irónica o hasta cómica?

A Vladimiro, su hermano, le había embargado un constante desasosiego desde que no sólo le participó sus planes, sino que lo incluyó en ellos. Tuvo que insistirle en que estaban en el límite entre la madurez y la decrepitud; que no se presentaba ninguna alternativa más que la mediocridad. Robar el banco donde ambos trabajaban les proporcionaría un futuro prometedor. El banco tenía medidas de seguridad muy severas. "Siempre existe un error de cálculo. Yo ya lo descubrí: sé cómo sustraer dinero, sin correr riesgos", le dijo Bruno a su hermano, quien no dejaba de estrujarse las manos, mientras un sudor frío le escurría por la frente. Vladimiro, más temeroso que convencido, convino en llevarse el botín, de a poco cada día, una vez perpetrado el robo, resistiéndose a enterarse de los pormenores.

Bruno tuvo razón, siempre existe un error de cálculo: uno de sus movimientos era el penetrar a la bóveda por las alcantarillas; al hacerlo dejó una destapada. La presencia de ratas fue la anomalía que condujo al descubrimiento del robo el primer día que se perpetraba. Sin embargo, Vladimiro tuvo tiempo de huir con el dinero, antes de que detuvieran a su hermano. Cuando la policía quiso atrapar al cómplice y recuperar el botín, lo encontraron muerto, víctima de un infarto, a la entrada de su casa y con las manos vacías.

Bruno no quiso detenerse en el tiempo que había permanecido encerrado y hecho mella en él. Apocado, tenía el pecho hundido, los hombros caídos y estaba encorvado; ya no existía el porte armonioso del que se enorgullecía. Tenía que recuperar el dinero del robo; cierta incertidumbre le hizo replegar el labio superior con una expresión lamentable. Volvía la cabeza por encima del hombro, esperando con avidez que vinieran ya para liberarlo.

Chasqueó el agua, cuando el taxi que lo llevó a su casa, se estacionó al lado de un charco. Los sonidos se escuchaban agudos; en sus oídos aumentaban su volumen. Era impresionante el reflejo del cielo despejado que daba una sensación de plenitud, resquebrajándose en el pavimento después de la lluvia.

Bruno se quedó parado frente a su casa. Le había dado instrucciones a su hermano, de que allí no ocultara el dinero. Caminó hacía la esquina; se dio vuelta hacia la izquierda y llegó a un edificio que sabía que estaba en litigio y nadie lo habitaba. Las piernas le flaqueaban, estaba a un paso de… ¡todo! De repente se dio cuenta, al acercarse al buzón, que la intemperie lo había dañado: tenía grietas. Con los dedos temblorosos sacó un sobre abultado todo enmohecido; quiso abrirlo y se deshizo junto con todos los billetes, ¡todo se había convertido en polvo!
El hombre sintió una opresión intensa en el pecho; pudo ver cómo él se desprendía de su cuerpo. Escuchó, sonoro, un castañeteo, y no supo si atribuírselo a su dentadura, o a los huesos de su esqueleto que ya flotaba en el ambiente

El repiqueteo del reloj hizo que Vladimiro se removiera en su cama sin despertarse. Bruno se incorporó en la suya. Lo único que hizo antes de correr hacia el buzón, fue alisarse las sienes y ponerse las pantuflas. En el sobre abultado que ahí había escondido Vladimiro, estaba intacto el dinero que había hurtado el día anterior del banco. Decidió: ya no habría más sobres, ni ningún error de cálculo

La segunda mitad

Arturo González Jiménez

Hace unos días celebré mi trigésimo quinto cumpleaños.

A lo largo de ese día recibí, en mi página de Facebook, infinidad de felicitaciones y buenos deseos, provenientes de familiares, amigos y, hasta de gente que solamente conozco y me conoce en línea.

Uno de esos mensajes fue remitido por el contacto Heaven & Hell, cuya foto de portada contiene una imagen de *El jardín de las delicias*, de Bosch.

En su foto de perfil, tal contacto tiene un símbolo de el yin y el yang modificado con: los colores azul y rojo, en lugar de los tradicionales blanco y negro, y los respectivos puntos reemplazados por las letras B y V.

La tarjeta de felicitación tenía el siguiente texto:

"¡Feliz cumpleaños!
Disponte a recorrer la segunda mitad del camino de tu vida."

Siempre me han gustado los mensajes cifrados, por lo que de inmediato marqué:

"Me gusta"

y añadí el comentario de:

"¡Muy original!"

Entonces apareció el siguiente mensaje instantáneo:

Como regalo,
te has hecho acreedor a:
2 dólares por día,
20 dólares por mes,
200 dólares por año,
Para la segunda mitad.

Revisa tu buzón

Esbocé una sonrisa, cerré la pestaña del "chat", y continué con la revisión de mis mensajes de felicitación, con los comentarios y agradecimientos respectivos.

Sin embargo, el mensaje de Heaven & Hell, ¡me seguía intrigando!

Decidí entonces hacer una pausa, calcular el monto de "mi regalo" y revisar mi buzón...

Bajé las escaleras y en el buzón encontré un sobre abultado. Lo abrí y conté el dinero. Estaba todo.[1]

Con el corazón latiendo desaforadamente, mi reacción inmediata fue apretar el sobre contra mi pecho, voltear en todas direcciones para ver sí alguien me estaba observando, correr de regreso a casa y encerrarme en mi cuarto. Una vez ahí, lancé el sobre encima de la cama; recorrí sin cesar, con grandes zancadas, la habitación de un lado al otro, sin poder apartar la vista del maldito (o acaso... bendito) "regalo".

Después de... cinco... tal vez, siete minutos, cuando ya estaba empezando a faltarme el aliento, me senté en los pies de la cama, hice tres o cuatro inspiraciones profundas y me puse a analizar la situación que enfrentaba.

"Seguramente se trata de una broma. El dinero ha de ser falso, porque... ¿qué loco se atreve a manejar tal monto, de esta manera? Y, todo para... ¡un regalo de cumpleaños!", pensé.

"Tomando en cuenta lo críptico, tanto del mensaje (la segunda mitad del camino de tu vida), como del remitente (Heaven & Hell: Cielo e Infierno), con esa foto de portada (apoteosis de la lujuria, enmarcada entre el paraíso y el averno), y ese símbolo (fuerzas opuestas complementarias, femenino y masculino, entre otras) en su foto de perfil, la broma rayaría entre lo negro, lo macabro o lo siniestro...", seguí elucubrando.

"¿Quién está tras la fachada de Heaven & Hell? Ya ni recuerdo cómo me hice amigo de... ¿Él? ¿Ella? ¿Ellos? Serán, acaso, una de esas nuevas sectas que persisten en apoyarse en lo que creen que nos espera al final de nuestra vida...", cavilé enseguida.

"Y, si resulta que el dinero es auténtico... ¿Qué me pedirán a cambio? O, será dinero sucio de los narcos o de terroristas, que me será requisado en cuanto salga de aquí...", temí.

Con la imaginación desbordada, permanecí en vela toda la noche, hasta que finalmente el cansancio me venció cuando empezaba a clarear.

No obstante, la actividad mental no se interrumpió: tuve infinidad de sueños y pesadillas, en los que me veía haciendo uso de un dinero que me era dado por ángeles y demonios, hadas y genios.... y que nunca se acababa, gastándolo ya fuera en mujeres, fiestas, viajes, coches, o hasta en donaciones y obras de beneficencia...

¡Después de varios días de zozobra, estoy muy cansado!

Ya no quiero seguir dándole vueltas a este asunto.

Consciente de que la fortuna nunca me ha favorecido, no deseo siquiera imaginar haber recibido un regalo que hubiere podido disfrutar incondicionalmente.

He decidido... quemar el dinero.

Si para la primera mitad el único don recibido fue la vida, con la misma me conformaré para la segunda mitad.

[1] *"Buenas intenciones". Extrañando a Kissinger. Etgar Keret.*

El Fantasma y yo

Beatriz G. Martínez Lutteroth

Mi casa queda en de una de las colinas más altas del pueblo. Siempre reniego cuando tengo que ir a la escuela, pero por algún encargo de mis padres, no. "Tienes dieciséis años, ya te falta poco para terminar la secundaria y no te acostumbras aún a cumplir con tus obligaciones escolares" - increpan mis padres. Las tiendas quedan, a pie, como a media hora, y a caballo, a diez minutos.

Me encanta ir a pie, porque cuando regreso a casa, cansada y sudorosa, me desvío hacia el campo. Llego a la orilla de un riachuelo donde me siento y meto los pies para refrescarme, juguetear con el agua cristalina por donde hay algunos pececillos y hojas que caen de los frondosos árboles y la variedad de tantas y hermosas flores que adornan y perfuman ese mágico lugar. Algunas veces me recostaba en el pasto, con la cabeza sobre mis brazos mirando las figuras que forman las nubes y se desvanecen con el aire, para dar paso al intenso azul del cielo.

Un día me quedé dormida bajo la sombra del árbol más grande que hay en el bosque. Estaba rendida y acalorada. Cuando desperté, ya era tarde y el sol pintaba de naranja las ya grisáceas nubes. Sobresaltada me levanté, sacudí el vestido, tomé las bolsas, y me dirigí hacia la casa nerviosa e inquieta, porque en el sueño, ¿sueño?, sentí que un hombre se hincó a mi lado, secó el sudor de mi cara sin dejar de acariciar mi cabeza. "Son suposiciones mías", - pensé.

En otra ocasión, tenía tanto calor, que vestida brinqué al río. Retocé un rato en el agua, caminé hacia el lado opuesto y de repente… ¡me hundí! ¡Desesperada manoteaba para salir y no podía! ¡Hacía esfuerzos, sacaba la cabeza y me volvía a hundir! Casi a punto de ahogarme y sin fuerzas, sentí que alguien me jaló de los cabellos y me sacó del agua.

Cuando medio reaccioné, estaba en la orilla, con el vestido casi seco, un lazo que recogía mis cabellos; alguien que me abrazaba y pasaba su mano por mi cara. Al tratar de incorporarme, mareada y jadeante, sentí que me ayudaban a ponerme de pie. Con los ojos a medio abrir, ¡lo vi! Cuando estuve consciente, tomé las bolsas de las compras y levanté la cabeza para agradecer la ayuda. Volteé de un lado a otro y ¡no había nadie! Sólo escuché un caballo a galope. Era Él.

Desde ese último y desagradable acontecimiento, evité ir al pueblo sola, y a la escuela asistía con mi mamá o la nana, porque a partir de ese día, constantemente volvía a mi mente la angustiante escena de esa tarde, - es más, - sentía la presencia de Él a mi lado, rescatándome, acariciando mi cara, tomando mi mano y todas las noches, acariciando mi cabello. Era una sensación angustiante y agradable a la vez.

Un día, mi madre me advirtió en la mañana antes de ir a la escuela, que nadie iba a ir por mí. Ella, - porque tenía que ayudar a preparar los tamales y el atole para la feria, y mi padre tenía una cita en un pueblo cercano con unos ganaderos; ni la nana, pues.
"Por favor, no te desvíes al campo o a platicar como acostumbras con tus compañeras, porque tienes que recortar el papel para adornar la plaza. Si es posible, mando alguno de los peones a que te recoja".
Grande fue mi sorpresa al salir de la escuela. ¡Ahí estaba Él alto, fornido, grandes y hermosos ojos negros, boca sensual, sonriéndome, engalanado con traje y sombrero de charro, recargado en la silla de un hermoso caballo blanco. Quedé paralizada y fue imposible dar un paso. Fue Él quien llegó hasta mí. Posó su mano sobre mi hombro, casi empujándome para caminar; tomó las riendas del caballo, y nos dirigimos hacia el campo.
"¿Por qué ya no vas a refrescarte al río como antes?", preguntó, tomándome la barbilla y haciéndome voltear hacia él. "Extraño verte recostada en el pasto; jugar con el agua y hasta casi ¡ahogarte! ¡Jajaja! Con esto sólo consigues obligarme que vaya hasta tu lecho, que es más agradable, para qué negarlo".
Ya no pude más y me desvanecí. Al despertar, estaba en mi cama con el doctor a un lado, mi madre y mi padre al otro y ¡Él! ¡Frente a mí! "¿Cómo te sientes?", - me preguntó el doctor. - "No has comido nada, no has dormido, no has dicho una palabra. ¿Qué pasa? ¿Qué te duele? ¿Te incomoda algo o alguien?"
"¡Contesta niña"! Gritó mi madre. "Te está interrogando el doctor. No es posible que después de dos días te quedes nomás viéndonos como si fuésemos fantasmas. ¡Habla, muchacha, por amor de Dios! ¡Habla"!
"¡Fantasmas!", sí "¡Fantasmas!" Me dije a mi misma. Abrí desesperada la boca, sin poder emitir palabra alguna, dirigiendo mis desorbitados ojos hacia Él. ¡Sí, a Él, al fantasma!

El niño del 13

Beatriz Raquel Barragán Montoya

Esta es la historia de la familia Ortigosa, un matrimonio con cuatro hijos, que vivía en el departamento 13 de un edificio de la colonia Escandón.

Trabajaba para ellos desde hacía varios años, una sirvienta llamada Bárbara, alta, delgada, muy trabajadora; toda la familia la quería. ¿En qué momento se embarazó? Nadie se dio cuenta; el caso es que un buen día sin que nadie supiera dio a luz a un niño y se fue, desapareció, dejando a su bebé recién nacido, solo, abandonado, en su cuarto de servicio, un poco alejado de la casa, sin avisar a nadie. Tardaron varias horas en darse cuenta del bebé y solo porque buscaron a Bárbara que pensaron se había quedado dormida. Con tristeza vieron que el niño ya estaba muerto. Llamaron a la policía. Los periodistas se enteraron y dieron vuelo a su loca imaginación.

Pasó el tiempo y un día en que la señora Ortigosa acostaba a sus hijos, se sintió observada, volteó y vio a un bebé vestido con un camisón igual al de sus hijos, caminando sobre el tocador; fue sólo por un momento y el bebé desapareció. Entonces pensó: "Debo estar muy cansada, estoy imaginando cosas". Esta visión se repitió tantas veces que se hizo cotidiana, para ella y los niños; los familiares que los visitaban, siempre veían al niño caminando sobre el tocador. Así lo aceptaron.

Por su trabajo, el señor Ortigosa y toda la familia, tuvieron que cambiar su residencia a otra ciudad. Con la novedad del cambio se olvidaron del fantasmita, menos Alejandro, el más chico de los hermanos y el perro. Alejandro siempre preguntaba a su mamá por el niño del 13, que así habían dado en llamarlo, y el perro no quería comer ni jugar, a pesar de que la casa que ahora habitaban era más bonita, con un gran jardín y algunos árboles.

Un día al anochecer, al estar próximo el día de muertos, el perro inquieto empezó a ladrar y no se quitaba de la puerta. Alejandro le abrió y juntos salieron; ¡que sorpresa se llevaron: caminando hacia ellos venía el niño del 13, con su mismo camisón, pero más grande, del tamaño de Alejandro! Se veía muy cansado, sucio, como si hubiera caminado por mucho tiempo. Entraron los tres en la casa, el niño del 13, Alejandro y el perro, felices y se pusieron a jugar.

La sorpresa para todos fue muy grande, pues a diferencia de las apariciones, por segundos en el departamento, ahora ya no se desaparecía. Desde que entró en la casa seguía jugando y aunque no hablaba, solo asentía o negaba cuando se dirigían a él, se notaba que entendía.

Por supuesto a nadie le dio miedo. La señora Ortigosa le preparó una cena y todos lo trataron como a uno más de la familia.

La víspera del día de muertos, cuando estaban todos cenando, el niño del 13 se paró, ahora sí habló. Agradeció a todos por su hospitalidad, les contó todo el trabajo que pasó para encontrarlos, que se dio cuenta en el camino de su búsqueda que personas y animales ya podían verlo; quiso esconderse pero lo vieron las estrellas. En ese momento se percató de que así como las estrellas brillaban, él había sido hecho para brillar y al alcanzar el fin para el que fue hecho, sería llamado para algo más; por eso estaba preparándose para partir, y había querido despedirse de los únicos seres que lo habían acogido y sentía que su fin estaba próximo. Cenaron, jugaron, se fueron a dormir. Al día siguiente al despertar se dieron cuenta que el niño del 13 se había ido.

Doña Mariquita

Dora Marcela Sánchez Jiménez

Doña Mariquita era muy querida en el pueblo por su bondad, entusiasmo y alegría y Juancho, su marido, era un hombre muy trabajador aunque no muy sano ya que desde joven bebía todas las tardes su buen pulque o su mezcal. Cada año, sembraba en sus parcelas maíz y frijol. Tenía dos peones que le ayudaban, mientras que él iba dirigiendo a la mula que jalaba el arado para hacer los surcos, uno de ellos colocaba las semillas y el otro las cubría con la tierra; la maniobra era muy pesada debido al calor seco en esa zona del Valle del Mezquital del estado de Hidalgo. El año pasado con mucho esfuerzo alcanzó a cosechar gran parte de la siembra porque empezaba a tener plaga y así no podía venderla en el tianguis del pueblo contiguo.

Juancho a pesar de que se daba valor para que Mariquita no sospechara de su terrible estado no pudo más fingir y esa misma noche habló con ella explicándole la situación de sus parcelas y terrenos en el pueblo, antes de morir.

Doña Mariquita se sumergió tanto en su tristeza, que der ser una mujer alegre y animada para participar en los eventos importantes del pueblo, ¡dejó de hacerlo! Todos se sorprendieron pero no la comprendían y a pesar de la insistencia de varias personas, ella no deseaba recibir a nadie; solamente por las noches se le escuchaba cantando ¡tristes canciones!

Pasados siete meses y… muy cercana la fecha al festejo de la patrona de la parroquia -la Virgen de las lágrimas-, una comitiva pasaba de casa en casa para solicitar una cooperación para contratar un grupo de músicos que le cantaran las mañanitas a la Virgen. Al llegar a la casa de doña Mariquita tocaron y ella preguntó ¿qué se les ofrece? , a lo que una mujer respondió, además de saludarla, saber ¿cómo se encuentra? queremos recordarle que la fiesta de la santa patrona está muy próxima y estamos pidiendo la ayuda para llevarle música. Y….abusando de su amabilidad, quisiéramos saber si… ¿pudiera hospedar a uno de los músicos? Ellos son treinta, vienen de diferentes lugares y habrá que acomodarlos. Lo pensaré, dijo ella, pero vengan mañana a las 10 de la mañana.

Al siguiente día llegaron muy puntuales dos personas y ella las hizo pasar, aquí tienen el dinero y quiero hacerles una pregunta ¿cuántas noches se quedaría el músico?, a lo que ellos respondieron, ¡solo dos! Mmmm……pues no lo sé… está bien, ¡acepto!

Esa misma tarde los músicos fueron hospedados ya que al día siguiente tendrían que estar en la iglesia a las cinco de la mañana en la parroquia.

Doña Mariquita ya no deseaba sentirse triste y cuando escuchó tocar la guitarra a su huésped, sintió que su cuerpo se ¡estremecía! Disculpe, ¿cuál es su nombre, señor? Me llaman Chucho y usted ¿cómo se llama? María, ¿podría cantar para mí algunas canciones? Y… así pasaron algunas horas, él cantando; ella escuchando, recordando, suspirando y volviendo a sentir que estaba viva. Al día siguiente después de Las Mañanitas, la misa y un buen almuerzo en la presidencia, todos fueron a tomar un descanso ya que por la noche habría música para bailar en el kiosco del jardín. Doña Mariquita estaba recuperando el entusiasmo y por fin, después de mucho tiempo.... resignación para seguir viviendo sin su Juancho.

Desde entonces todas las mañanas se le escucha cantar "Ayyyyyy que bonita es esta vida y a pesar de los pesares siempre hay alguien que nos quiere, siempre hay alguien que nos cuida".

El regalo de los Reyes Magos

Elsa Rodríguez Osorio

En el buzón me esperaba un sobre abultado. Lo abrí y conté el dinero. Me sudaron las manos y mi corazón empezó a latir con fuerza. ¡Era muchísimo dinero! ¿Quién lo habría mandado? Busqué en el sobre y no había ninguna nota. Entré a la casa y le grité a Susana:

-¡Mira lo que encontré en el buzón!

Ella, amarrándose la bata, y apartándose el cabello de la cara, se acercó, cogió el sobre y contó el dinero. No salía de su asombro y me interrogó:

-¿Quién te lo envió?

-¡No lo sé! ¡No lo sé!...Quizá se equivocaron de dirección. . .

-Puede ser -dijo ella ¿Qué vamos a hacer?

-No lo sé. Y nos serviría tanto para salir de deudas. . . Mira, vamos a guardarlo, vamos a esperar hasta mañana por si alguien viene a reclamarlo. Si, no, pues no los gastamos.

-¡Si, si!,-aplaudió Susana-es como si fuera un regalo de los Reyes Magos, adelantado. Podríamos comprar una lavadora que tanto falta me hace, una tele, ya ves que ni el convertidor hemos podido comprar. . .

-Lo que tú quieras, pero vamos a esperar hasta mañana.

A la mañana siguiente, al no aparecer quien reclamara el dinero, Lorenzo pidió permiso en el trabajo y Susana se reportó enferma, e impacientes se encaminaron a la tienda.

Lo primero que escogieron fue una televisión de pantalla gigante, la más grande del mercado. Luego de empaquetarla un empleado les ayudó a cargarla y llevarla hasta la caja a pagar. Lorenzo sacó un fajo de billetes y pagó en efectivo. La cajera se extrañó y empezó a revisar los billetes a contraluz, luego dijo a la pareja.

-Un momento por favor -y se dirigió a la oficina del gerente.

Susana y Lorenzo se miraron nerviosos .La impaciencia los consumía.

Poco después el gerente, en compañía de un policía se acercó a ellos:

-¡Quedan detenidos! ¡Sus billetes son falsos!.

-¿Cóoomo?...balbuceó Lorenzo. Susana se echó a llorar.

Fueron conducidos a la Procuraduría General de la República, donde se iniciaron las investigaciones. Lorenzo les dijo la verdad:

-Ese dinero lo encontré en mi buzón anoche. No supe quien lo mandó y nadie lo reclamó.

Nadie le creyó su historia.

El comandante le dijo a Lorenzo que desde hacía tiempo seguían la pista de ese dinero falso.

Que la falsificación estaba muy bien hecha pero que un experto podría detectarla. Acusaron a Lorenzo de encubridor y lo interrogaron hasta el cansancio. Exigían que diera los nombres de sus cómplices

El noticiero de la televisión de la noche dio la noticia:
"Una pareja ha sido detenida por falsificación de billetes. Le dijeron a la policía que el dinero lo encontraron en su buzón y al día siguiente pretendían gastarlo en una tienda departamental. Los inculpados vivían aquí en la calle Paisa 606"
En otro lado, frente al televisor "El Chueco" le grita a su compinche:
-¡Ven a ver esto, Chente! Ya apareció el dinero ¿Quién sería el idiota que confundió la calle de Paisa por la de Piza? A esos los van a refundir en la cárcel ¡ja, ja, ja!

Motivos

Enrique Sierra Balsells

En el buzón encontré un sobre abultado. Lo abrí y conté el dinero. Estaba todo.

Nunca había tenido un encargo así. Ser un matón a sueldo nunca había sido fácil pero éste era mi trabajo y tenía que hacerlo. Claro que debía ser muy cuidadoso ya que mi cliente no podía seguir la pista. La policía tenía formas de averiguar la procedencia de este dinero pero mis contactos tenían instrucciones de borrar cualquier pista que pudiera relacionarme con el homicidio: yo no sabía quién era el cliente y él tampoco quién se haría cargo de su asunto.

Solo sabía que este era un hombre casado víctima de un chantaje. Nunca he entendido por qué los hombres casados buscan mujeres desequilibradas para desfogar sus más bajos instintos. El hombre solo busca sexo. La mujer quiere algo más: un departamento amueblado, un coche de lujo, viajes, una tarjeta sin límite de crédito y lo que es peor, matrimonio.

Esta era mi línea de trabajo y conocía bien el procedimiento. Llevaba años haciéndolo y tenía bien estudiado el camino para salir airoso sin dejar ningún cabo suelto.

La indumentaria para pasar inadvertido, guantes para no dejar huellas dactilares, un silenciador sofisticado que al jalar el gatillo producía el sonido de un popote succionando el fondo del vaso de una espesa malteada y las herramientas para abrir cualquier cerradura. Revisaba en mi mente, una y otra vez que todo estuviera listo para ese día. Debía funcionar como la maquinaria de un reloj suizo para que todo se deslizara como mantequilla.

La media noche es la hora perfecta ya que la víctima se encuentra dormida. Debía de hacer el trabajo lo más rápido posible y después poner un anuncio en la sección de clasificados del Universal donde se leía: Claudia, vuelve a casa... Se sabría que todo estaba arreglado y recibiría el segundo sobre con el resto del dinero en billetes de baja denominación y nunca nuevos.

Este era un trabajo rutinario. Aburrido a veces por lo fácil que resultaba.

Me puse mi gabardina negra y apuré el último trago de tequila. Consulté mi viejo reloj y salí a la calle. Había llovido y las luces de los faroles se reflejaban en el pavimento. El vapor de la tintorería salía a raudales por la alcantarilla.

El gato pardo de la vecina me miraba indiferente, cómplice de mi escapada furtiva. Me cerré el cuello de la gabardina y prendí el último cigarrillo que quedaba en la cajetilla y aventé él paquete vacío al fondo del auto. Prometí dejar este vicio ya que las vestiduras apestaban a nicotina. Arrojé ansioso la colilla encendida a la banqueta y exhalé el humo antes de cerrar la ventanilla.

Abrí el sobre y junto a los billetes había los datos de la víctima. La dirección, un mapa de su departamento y su fotografía. Me sonó familiar y me puse los lentes para descubrir que la persona de la fotografía, en blanco y negro, era mi esposa...

Seguiré ignorándolo

Fabiola García Martínez

¿No sé cuál es su intención? Continuar hablándome como si todo siguiera igual. ¿En qué momento me perdí? Piensa que todo es así de sencillo: que con bromas correré directo a su abrigo.

Espero que este sentimiento que tengo se esfume con las lluvias, se pierda entre la gente, desaparezca como Juan Gabriel lo hizo.

Por ahora estoy muy molesta con él. No quiero verlo por un tiempo. Siempre ha sido tan insistente que termino perdonándole cualquier acto.

Esta última discusión que tuvimos fue tonta pero logró ponerme muy mal. Él tiene una amiga llamada Elia y por alguna razón se encontraron en el parque y ahora comen juntos, toman clases de negocios juntos, en fin, yo traté de ser tolerante con esa situación, pero se convirtió en Elia por aquí, Elia por allá, y ya no pude más. Tuve que hacer uso de mis palabras sabias y decir el famoso "prefiero que seamos amigos".

La discusión se extendió hasta las horas de la madrugada. Yo no me quedaré en su casa por esta ocasión.

Salí y sentí un respiro. Caminé apresuradamente. Ya me faltaba media cuadra para tomar el colectivo cuando apareció él. Empezó a discutir nuevamente, yo quise ignorarlo pero él insistía en que nada había con Elia, no quise escucharlo y seguí mi camino.

Crucé la calle, él gritó que si me marchaba no volviera nunca más. Dí un leve brinco y de pronto sentí que todo me pesaba, me dio mucho frío, era una sensación extraña. Ahora está aquí llorando a mis pies, no le hablaré. Él sigue gritando, y yo sigo ignorándolo.

El Santo de Doña Conchita

Juana Cruz Meza

Era un veintidós de septiembre, como a las tres de una tarde muy soleada, se encontraba por lo menos, un centenar de personas en la casa, era una muchedumbre que se congregaba como en los buenos tiempos, cuando Doña Concepción celebraba su Santo y se hacía un festejo en grande. Todos los invitados traían la alegría y los parabienes a Doña Conchita, y algunos de ellos, la despertaban al amanecer con las alegres notas de las típicas Mañanitas y a lo largo del día, sus oídos y los de todos los asistentes, eran deleitados con bonitas y variadas canciones. En correspondencia ella deleitaba a todos con su rico mole estilo Oaxaca, muy condimentado, pero que era la delicia de todos los comensales. Para tal fin, el día de su Santo trabajaba doble y hacía trabajar a toda su familia con muchos días de anticipación, ya sea haciendo aseo general, ya comprando esto o aquello. Era una fiesta tradicional a la que asistían múltiples amigos y familiares y en la que ocupaban el lugar de honor los muchos compadres que tenían doña Conchita y don Marcelino, su esposo. Se decía que tenían alrededor de cincuenta compadres, quienes acompañados de las respectivas comadres, además de los ahijados, en ese día se daban cita en la casa para festejarla.

Para celebrar su Santo preparaba con muchos días de anticipación mole en pasta. El día que tostaba el chile, después de haberlo desvenado, empezaba desde la cuatro de la tarde y a veces terminaba a medianoche, pero antes tenía que advertirles a los vecinos lo que iba a hacer para que mantuvieran ventiladas sus viviendas y no se fueran a ahogar del picor que despedía el chile cuando era tostado. Doña Conchita usaba tres tipos de chile: ancho, mulato y pasilla, además de los 40 ingredientes que le añadía en cantidades que sólo ella sabía, para conseguir la sazón perfecta y obtener el mole llamado "coloradito" que más bien le tiraba a negro por el chile mulato que empleaba.

Durante muchos años siempre fue lo mismo; desde la compra de todos los ingredientes del mole hasta tostar el chile con mucha antelación y meticulosidad, además de la engorda que hacía de los guajolotes y pollos en la azotehuela de su vivienda, tres o cuatro meses antes del festejo. Todo era tostado y llevado al molino y la pasta obtenida, preparada con condimentos seleccionados para su conservación, se guardaba en bolsas de papel hasta por tres años.

Se hacían pastas como de 4 kilos para que sobrara y se aprovechara en otras festividades del año.

Daba la impresión que sólo por probar el mole acudía tanta gente para felicitar a la festejada, además de que ella era muy vasta y para tal fin tenía dos inmensas cazuelas, una para el arroz y otra para el mole, además de una olla muy grande para los frijoles y otra para el caldo de pollo que servía para el consomé y para sazonar el arroz y el mole. En fin, eran demasiados los invitados, pero alcanzaba para todos y todavía sobraba para "el recalentado". Se esperaban siempre los mismos invitados, pero en ocasiones su número rebasaba las expectativas.

En esta ocasión, ese 22 de septiembre no habría mole ni Concepción celebraría su santo, ya que lo festejaba el día 8 de diciembre. Toda la gente guardó silencio cuando de pronto, al dar las tres de la tarde el tío Francisco se levantó de su asiento y empezó a hacer uso de la palabra, y a hablar de la las bondades y grandes cualidades de doña Conchita, de la tristeza que debe de sentirse al abandonar la casa que fue su hogar, y el hogar de su esposo y de sus hijos. Doña Conchita, se detuvo en el quicio de la puerta a escuchar esos elogios que Francisco pronunciaba en su honor. Sus compadres, y muchos de la multitud que escuchaban con atención esas palabras tan sentidas, empezaron a llorar por el discurso tan oportuno, pues doña Conchita, en esa ocasión, iba acostada con los pies por delante y de esa manera se estaba despidiendo de todo y de todos.

La cámara fotográfica

María de los Ángeles Melo

En casa nunca se habló de los motivos por los cuales mi padre no se encontraba presente en nuestras vidas. Los recuerdos de una convivencia con él eran exiguos, como una neblina densa pesada que abatía mi memoria y no permitía precisar ningún rasgo que apuntalara un recuerdo. Tenia 5 años cuando despareció mi padre, mi madre conservó como única evocación de su recuerdo, una cámara fotográfica que le pertenecía, la cual guardó por muchos años. No permitía que nadie la tocara; contenía un rollo fotográfico que mi madre jamás quiso revelar, como deseando atrapar la última reminiscencia de la presencia de mi padre.

Cuando regresé a México, después de muchos años de ausencia, mi tía me entregó la cámara fotográfica, mi madre antes de morir le habías encomendado esta tarea. Con frecuencia tenia pesadillas que involucraron como objeto primordial a esta cámara; no podía determinar por qué se suscitaban cada noche con la misma intensidad; siempre aparecían imágenes que no podía definir. De la cámara surgían luces muy intensas que se intercalaban con una penetrante obscuridad; despertaba sudoroso, con angustia, agotado y con una sensación de estar prisionero.

El impacto que tuvo para mi vida, poseer como única evocación de mi padre este objeto, desencadenó mi pasión por la fotografía. Cada cámara fotográfica que llegaba a mis manos se convertía en parte muy significativa de mi vida. Esto me permitía captar cada momento transcendental y proporcionar un recuerdo que evocara o refrendara cada instante en la vida de las personas, quedando atrapado en una imagen. Esta pasión que de alguna forma se desprendió de este hecho, fue construyendo un vínculo intangible con mi padre. Lo único que tenía que agradecerle era haberme convertido en un fotógrafo con un importante prestigio a nivel internacional.

Por fin, después de tanto tiempo, tenía la caja que contenía la cámara en mis manos, estaba envuelta cuidadosamente en un paño negro; me quedé mucho tiempo observándola, tratando de captar cada detalle, fue atrapándome con una atracción que me sedujo; pese a su antigüedad pensé que todavía era útil. El rollo fotográfico me atrajo: podría saber que contenía. Una mezcla de intriga, emoción e incertidumbre me invadió. Por unos momentos, tener en mis manos el rollo que tanto me había obsesionado me paralizó.

Recordé entonces que cuando le pedía a mi madre que me explicara si mi padre estaba muerto, ella sólo sujetaba con mucha fuerza la caja que contenía la cámara; era su única respuesta.

La cámara se fusionó con mayor intensidad a mi vida o mi vida a la cámara, no podía establecer la diferencia; no acertaba definir si mi cerebro me indicaba qué fotografiar; el lente se había convertido en mis ojos. Cuando por fin pude ver el contenido del rollo, no comprendí por qué mi padre había captado diferentes partes de su cuerpo, en especial sus ojos y recordé mis sueños: pude establecer con claridad las imágenes que hasta ese momento habían aparecido borrosas e indefinidas. Como un rompecabezas fue emergiendo la imagen de mi padre. Un impulso incontrolable me hizo tomar fotografías de las diferentes partes de mi cuerpo, en especial la expresión de mi rostro y los ojos. Podía sentir cómo me desvanecía y me integraba a cada imagen.

Al día siguiente la esposa del importante fotógrafo German Ríos, con su hijo de 5 años en los brazos dio la noticia de la desaparición de su esposo. Declaró que sólo encontró una vieja cámara fotográfica que perteneció a su suegro

Así fue

María del Carmen Zaldívar Morales

– ¡Hola hija! ¿Cómo estás?
–Bien Itzalita, me da gusto verte.
–Vine porque pronto será hora de irnos.
– ¿A dónde?
– Al lugar donde las casas son todas vegetal, donde el agua es cristalina y dadora de vida, donde el sol levanta sus estandartes. . .
– ¿Estoy muerta?...
–No, no morirás, solo vas a desaparecer del mundo de los vivos.
– ¿Desapareceré pronto? ¿Qué tan pronto?
–No me está permitido decírtelo, lo sabrás, habrá señales, podrás elevarte y percibir todo lo que sucede alrededor tuyo, verás todo y a todos sin ser vista. Darás oído a lo que las personas digan de ti en esos instantes pero aunque quieras decir o rebatir algo no serás atendida.
Escucharás también a tu querida hija, para quien no habrá consuelo en ese momento, llamar a Quincajú, el encaminador de los desaparecidos, solicitando que realice el antiguo ritual del canto y tus huesos se llenen de música.
Él te encaminará hasta la encrucijada de los cuatro caminos señalando aquel por donde no habrás de perderte, el camino de donde todos parten.
¡No tengas miedo! ¡Ahí te esperaré yo para acompañarte! Seré tu guía, después de darte un fuerte y cálido abrazo, viajaremos juntas por el territorio de la ausencia sin olvido.
Cruzaremos los valles de la nostalgia, beberemos en las aguas dulces de los pozos del recuerdo, sortearemos los grandes obstáculos a vencer hasta llegar al lugar donde no hay miedo, ni dolor, ni enfermedad, ni muerte.
–Mamá, mami, ¿cómo te sientes? ¿Estás bien? Hace mucho frío aquí.
–Me quedé dormida, hija, soñé a mi mamá, me dijo que venía por mí, le pedí un poco de tiempo, siéntate un momento a mi lado, te contaré. . .

Siete meses después. . .
– ¡Por favor! vayan al bosque a buscar al encaminador. ¡No quiero el silencio para ella! ¡Quincajúúúú!... ¡Quincajúúúú!

Pérdidas

María Teresa Ruíz Espinosa

No puede ser, me dicen que hoy es el día, que el camino que juntos recorrimos ha terminado. Y yo me digo, no es posible que esto esté sucediendo...

Aún recuerdo aquellos días en que desayunábamos frugalmente, las comidas exóticas a las que te llevaba, los diversos restaurantes de la ciudad que visitábamos, las noches en que nos deleitaron esos sabrosos tacos y sobre todo esas exquisitas y abundantes cenas.

Toda una vida contigo, unidos. Las actividades que a diario realizamos, el trabajo, los paseos, las visitas a los amigos, las reuniones con familiares, los viajes, me parece imposible no volver a repetirlas.

¿Qué voy a hacer sin ti? ¿Dónde guardaré el dolor que embarga mi alma? Para todos es fácil consolarme y decirme que no es nada, que el tiempo lo cura todo, que ya se me pasará. Pero es que ellos no han perdido nada, no comprenden que sucede, no me entienden...

Sé que debo despedirme y finalizar mi vida a tu lado, sé que debo decir adiós y olvidarme de ti para siempre. Y aunque no lo creas, siempre te quise y te cuidé.

Pero el destino es cruel y este dolor que me embarga es inmenso, no puedo más... Por ello estando frente al dentista te digo:

Adiós, muela querida, éste es el FIN.

No tengas miedo

Martha Bravo

Con la cabeza sobre el brazo puesto en la mesa de un bar, recuerdo la muerte de mi madre en mi infancia y el abandono de mi padre para casarse una vez más.

No fue tan natural ver los años pasar, se asoma ahora en mi adolescencia una voz en mis oídos, recuerdo en un rincón de mi mente un niño llorar, con infinidad de tropiezos, las pesadillas iluminaban nuevamente la imagen de aquel cuerpo que se erizaba de horror ante la mirada de los caracoles que lo acompañaron durante su niñez.

Tío Benny me llevó a su vieja casa en un pueblo casi muerto donde vivía su soledad; era tan flaco y angosto de pecho, y con los bronquios dañados, tenía un aspecto o una forma de moverse que presagiaba violencia, ya sea fortuita o intencionada, no me inspiraba confianza. Me hablaba con un tono severo, amedrentador e incierto, me estrujaba y me hacía cosquillas hasta que chillaba, pero así y todo mi madre lo apreciaba. Esta idea era lo que me sostenía cuando le preguntaba por ella, parecía recordarla sin pesar.

Cada mañana un estridente canto de gallo, qué angustia, era la hora en la que el tío me mandaba a bañar, poniendo en mi mano derecha un jabón, la toalla y unos granos de sal. No temas, me decía, en el jardín de la casa habitan caracoles que se aparecen a menudo en el baño.

Me atemorizaba el sólo pensar en ellos; con la mano que me quedaba libré abría con recelo la puerta del diminuto cuarto de baño, era difícil respirar el olor húmedo y ver a través del espeso vapor, no pude reprimir un grito de horror cuando vi el caracol frente a mí. No podía dejar de mirar hacia todos los sitios hasta asegurarme de que no hubiera más. Los caracoles salían de entre los huecos de las oscuras esquinas, de las despintadas y resbaladizas paredes, de los pomos vacíos, objetos inútiles que el tiempo, la mala costumbre y la miseria se habían encargado de acumular, con sus contracciones y elongaciones de su cuerpo se desplazaban muy cerca de mí, era el momento de echarles los granos de sal. No morían pronto. Su agonía se prolongaba. La baba viscosa cubría el suelo. ¡Qué asco!

Evitaba orinar, me aguantaba hasta que la vejiga no podía más. Vigilaba, esperaba a que no hubiera nada en lo alto de la pared donde a veces se aparecían los caracoles de entre la caja de madera, depósito del agua que bajaba hasta la taza del excusado. Me sentaba en la orilla para orinar y defecar procurando no tocar las paredes, finalmente limpiaba mi trasero con el papel periódico que colgaba del gancho puesto en la carcomida pared. Con mano temblorosa jalaba la cadena. Me levantaba de inmediato.

Con un estremecimiento, que no era de frío, debajo de la regadera desnudaba mi cuerpo, el chorro de agua y el jabón caían sobre mis cabellos y entrecerrados ojos. Parado en las tablas puestas en cruz sobre el suelo frio de mosaico, intentaba guardar el equilibrio para no resbalar y caer en el charco de baba. Abría los ojos, miraba debajo de las tablas que se usaban para planchar, no encontraba nada. Al levantar mi cuerpo, una sensación pegajosa en mi espalda me hizo volver la cabeza, el caracol estaba allí adherido. Una rigidez en la cara y en los músculos del brazo se apoderaron de mí, con gran dificultad y tiritando de frío estiraba la mano hasta el objeto anhelado, la toalla, que no era más que una tela amarillenta llena de moho y con olor a podrido, que no lograba alcanzar.

Dando traspiés me apartaba de la regadera, miraba entre la niebla y el vapor acumulado del baño. Apareció cerca del espejo otro caracol, sus ojos redondos me observaban, yo era su presa. Mis nervios, ¿mis nervios?, Se tornaban laxos. Pasaba de la calma al estupor brutalmente. Un segundo después estaba refugiado en el ángulo opuesto de la taza del excusado, convulso y tiritante, me aferraba al miedo como un reparo. Llegaba al ápice y había que bajar más los nervios, ¿mis nervios?, se tornaban laxos. Despacio, me volvía la calma a un dolor dulce, a un llanto que se me agolpaba en la garganta como una mano de amigo asomándose desde la sombra. Apretaba esa mano y me dejaba ir. Hay que salir de aquí. Y me dejé ir.

Intentaba levantarme, habían abierto la puerta. A través de los párpados cerrados entreveía un resplandor que iluminaba el baño. Un sobresalto invadía mi cuerpo, poco después una ráfaga de aire apagaba la lámpara. Sentía la oscuridad. Pequeños susurros llegaban hasta mis oídos, ¿de dónde venían, qué decían, qué querían? Dejaba de pensar y escuchaba la voz de mi madre que oraba por mí. Esto me reconfortaba. Comenzaban a cerrárseme los ojos.

Si sus oraciones se hubieran alargado, me habría dormido para siempre, pero terminó de rezar y lanzó una carcajada que me sacudió tan violentamente que temblaba de horror.

Entonces vi la sombra de un caracol sobre el techo con la cabeza encima de mi cara, volví a oír una voz muy queda, era ella. ¿dónde estás? Aquí estoy cerca de ti. No temas, recuerda que tú eres el fantasma que ejendra sus propios miedos. No hay nada, hijo, no hay nada, Solo tus miedos.

Viaje inesperado

Miguel Eduardo Rueda Aguirre

Ernesto, ¿estás seguro de que tomando el Metro llegaremos a tiempo? Ya llevamos 10 minutos aquí parados, esperando a un tren que parece no llegar nunca y mira cuánta gente se ha congregado, ya es una multitud. Absolutamente estoy seguro de que llegaremos muy bien, mi querido amigo Narces, vamos a la estación Mixcoac y desde aquí del Rosario, considero que haremos de 30 a 40 minutos máximo, en cambio en el auto sería más de una hora y estresados, mira, ya llega el tren. Bien Ernesto, confiaré en tu cálculo ya que eres un matemático muy afamado en los ambientes universitarios.

Los dos amigos se habían reencontrado después de varios años de separación. Ambos eran maestros de tiempo completo en sendas universidades. Narces se había encumbrado en el campo de la filosofía y Ernesto en las ciencias matemáticas. Ahora se dirigían a una reunión de compañeros de generación del bachillerato. Se querían y admiraban ya que los años de secundaria y preparatoria los pasaron construyendo una sólida y perdurable amistad.

Encontraron un par de asientos disponibles y empezaron una conversación profunda, como todas las que sostenían. Hablaban del filósofo Sartre y discutían conceptos como el deseo, el odio, el masoquismo, la ética, discurrían sobre el ser y el deber ser; para ellos la muchedumbre que abarrotaba los vagones del transporte colectivo parecía no existir.

Narces sostenía una original tesis diciendo: mira Ernesto, estamos ingresando a una época inaudita, los países parecen borrar sus fronteras, la comunicación se ha vuelto trans epidérmica, globalizadora, pero insustancial, el deber ser está desapareciendo, derrotado por el deber tener y el deber ver. Yo pronostico, dijo Ernesto, que bajo el status mundial de locura financiera, vamos hacia un desastre peor que el ocurrido por la segunda guerra mundial.

Absortos en su diálogo casi supraterrenal, de pronto son interrumpidos; sin previo aviso el tren no se detiene en la estación Tacuba y se escuchan gritos de la gente, las voces se multiplican, al principio son comentarios de desconcierto que van creciendo, ya que el tren aumenta considerablemente la velocidad y pasa sin detenerse en la siguiente estación; ahora ya no son comentarios, el vocerío se vuelve una masa oral de múltiples palabras de reclamo, hay gritos, insultos al conductor y al gobierno de la ciudad.

Alguien acciona la palanca de emergencia, pero nada pasa, el tren sigue frenético, cruza las estaciones de Polanco, Auditorio, Constituyentes, no se para en ninguna. Una señora joven grita: ¡vamos a morir y es mi culpa, estoy embarazada de otro!

Y a continuación se desmaya en los brazos del filósofo, éste, no sabiendo qué hacer, la pasa presuroso al matemático, exclamando confundido, yo no sé qué procede en casos de embarazo. Ernesto mira la cara de la señora en desmayo, inerte en sus brazos y siente algo extraño que no logra definir, no sabe si es una compasión muy grande o un deseo aún mayor. Decide abrazarla con ternura.

Más allá, un hombre como de 40 años y con barba de profeta, alza la voz y dice: ¡todos son pecadores! Pero yo estoy bendecido por el gran señor, el que toque mi cuerpo limpiará todas sus culpas. Voltean a verlo varias personas, el tren sigue corriendo sin visos de detenerse, una señora se acerca al de la barba rubia y le toca la cara. El hombre grita: ¡se ha salvado!, la señora también grita, ¡es verdad! ¡es verdad! Me siento llena de pureza. Acto seguido unas diez personas acuden con el profeta, lo tocan y lo zarandean; de nuevo la primera mujer pura, vuelve a gritar: ¡me robó mi monedero! Y luego todos se tocan el cuerpo, se registran los bolsillos y descubren que el profeta es un vulgar ratero.

En la mente de todos está el inminente choque con algún tren que circule adelante. Ernesto el matemático, con todo y la desmayada en sus brazos, le dice a su gran amigo: tomando en cuenta el retraso con el que salimos del Rosario y considerando la velocidad que le imprime a este tren el bárbaro que lo conduce y si no había retrasados en otras estaciones, calculo que si no nos detenemos, tardaremos máximo tres minutos en chocar espantosamente; la desmayada empezaba a abrir los ojos, pero al escuchar al matemático recae en su desmayo.

La histeria colectiva aumenta, la gente golpea las ventanas y las puertas herméticas. Todos accionan sus celulares en busca de comunicación exterior para que les ayuden, pero en todas las pantallas aparece con letras luminosas y muy grandes, una sola palabra: INTEMPORAL.

Narces y Ernesto se dan cuenta de que acaban de pasar por la estación Mixcoac. Están a menos de dos minutos de llegar a la última estación: Barranca del Muerto. El filósofo invoca a Emmanuel Kant y dice ¡Kant! No dejes que Sartre nos lleve al ser y la nada.

La multitud ha enloquecido, muchos lloran, otros están arrodillados y unos más se abrazan; llegan a Barranca del Muerto y el tren no se detiene, al contrario, aumenta la velocidad, la mayoría instintivamente cierra los ojos y pone las manos sobre su cabeza, seguros de entrar en unos segundos al impacto mortal.

Se escucha de repente un sonido muy agudo, muy intenso, cada vez más alto, más alto, luego una deslumbrante luz, primero roja, después azul y finalmente dorada, ciega momentáneamente a todos. Predominan gritos llenos de terror, muchos hombres en todos los

vagones se sueltan en llanto. Ernesto y Narces se abrazan con la desmayada en medio de los dos. Se escucha con máxima potencia un sonido de CRAK final.

Mas en lugar de la colisión, todos, absolutamente todos, mujeres y hombres, niños y niñas, sienten sobre sus rostros una sustancia muy refrescante, su consistencia es suave, pero nadie la ve, sólo la sienten; el tren pasa rápido su trazado original y sale a una zona despejada.

Un sol radiante se cuela por las ventanas, la velocidad del transporte disminuye, no se detiene, pero ya no es un bólido, rueda a velocidad moderada, afuera se miran a la distancia agrupaciones de casas de extraña arquitectura, cubiertas por bóvedas transparentes, el tren se acerca a una estación, pero no se detiene, sólo aminora más su velocidad, se lee estación Sirdau. Mucha gente vestida con ropa ceñida totalmente a sus cuerpos y con colores desconocidos, saludan sonrientes a los azorados y estupefactos pasajeros del Metro. Se repite la escena en 14 estaciones más, con nombres extraños; Bertén, Lermán, Sinedel, Tarpán, Indilal, Pisonil, Sumpetol, Golín, Vistán, Ainalol, Dilpac, Jeryuna, Montic y Ronanter.

Todos estos nombres los anotaba meticulosamente el matemático. Los pasajeros empezaron a tratar de encontrar explicaciones, alguien dijo; estamos muertos y hemos llegado al paraíso; una señora expuso una larga tesis sobre Freud y terminó diciendo: nos encontramos en un sueño, ya despertaremos. Narces y Ernesto conversaban con la desmayada, los celulares seguían sin funcionar, sólo cambió el letrero en las pantallas y ahora decía 2115.

El matemático expuso una explicación y argumentó: por una serie de combinaciones aun inexplicables, rompimos la barrera del tiempo y llegamos al futuro, confirmando la teoría de la relatividad de Einstein; preparémonos para los impactos emocionales que se desprenderán de lo insólito que viene. La mujer, en medio de los amigos. lanzó un largo suspiro estremeciendo a Ernesto.

Finalmente el tren se detuvo en la estación Ronanter, las puertas se abrieron y todos bajaron con precaución a una plataforma que parecía suspendida en el aire. Una música bellísima invade los sentidos y aparece una multitud que aplaude con intensidad. Una mujer espléndida, de unos 45 años, se adelanta y habla con una voz integrada a un micrófono que no se observa, dice: ¡Bienvenidos al año 2115!, estamos probando un sistema que hemos creado para traer del pasado a personas que nos darán datos muy

valiosos sobre la historia y la evolución humana, pasarán 10 días con nosotros y luego serán regresados al momento de su partida.

Asombro y expectativa rigieron esos 10 días. Actos, comidas, casas, transportes, todo era distinto e inimaginable. Mientras tanto en la Ciudad de México se organizaron decenas de protestas por los desaparecidos y el Jefe de Gobierno renunció a su cargo, acosado por la enorme presión social.

A los diez días exactos, Narces, Ernesto y la multitud aparecieron en la estación Rosario, esperando al Metro, nadie recordaba nada, excepto los dos amigos. Ellos fueron elegidos para manejar la nueva realidad intemporal neo sartreana.

Dina

Piedad Vieyra

Dina, joven estadounidense de veintitrés años, ni fea ni bonita, delgada, no flaca, pero desaliñada. No le daba importancia a su arreglo personal porque regularmente en su tiempo libre se dedicaba a aumentar su conocimiento de cultura general. Trabajaba en la ciudad de Washington en una institución internacional como intérprete de inglés-español y español-inglés. No obstante su falta de arreglo personal, su carácter recio y seguridad en todo lo que hacía en el trabajo, la indujo a ser líder del grupo de compañeras de labores.

Tres de las empleadas organizaron, para el fin de semana, un almuerzo campestre en el parque más cercano. Ese domingo Dina llegó vestida con un conjunto casual que le quedaba muy bien, se veía diferente. Entregó el chorizo y las salchichas que le tocó llevar para la parrillada y, al ser presentada con los demás invitados, tuvo la agradable sorpresa de reencontrarse con Roger, un joven con quien tuvo un corto noviazgo en la época universitaria. Conversaron un buen rato, participaron en las actividades del evento y después de comer Roger la llevó a su domicilio. Este fue el principio de una compacta relación que en unos meses creció y los condujo al altar en poco tiempo.

Por su compresión y afinidad en la manera de ser ambos, formaron un matrimonio estable y pronto se amoldaron a llevar una vida sin complicaciones. Luego de disfrutar juntos el diario desayuno, él se iba a trabajar a una dependencia gubernamental y Dina ordenaba el pequeño departamento antes de trasladarse a su empleo. A su regreso la pareja solía tomarse una copa de vino antes de decidir qué hacer, según su estado de ánimo. Regularmente les gustaba ir a un pequeño restaurante cerca de su vivienda, en donde asistían conocidos lugareños con quienes compartían amistosamente el rato que allí disfrutaban. A los dos años de matrimonio Dina se embarazó y pasados unos meses él fue requerido y tuvo que alistarse para ir a la guerra de Corea y por ello fue que en su ausencia nació una preciosa bebita.

Pasó el tiempo y antes de llegar a su casa, de regreso de Corea, Roger tuvo que ser internado, al igual que la mayoría de los combatientes, en un hospital psiquiátrico. Una vez dado de alta, fue recibido con el amor de Dina, quien puso en sus brazos a su hijita, de año y medio de nacida, a quien llenó de besos, demostrando aparente felicidad.

Pasados unos días Dina, después de llevar a la niña a una guardería, recordó que había olvidado un documento que estaba traduciendo y regresó a su casa para recogerlo, abrió la puerta y al entrar en su recámara casi pierde el conocimiento al ver a su esposo en la cama con otro individuo.

De inmediato Dina llamó al psiquiátrico para informar que habían dado de alta a Roger antes de estar curado. No tardaron en llevárselo después de lo acontecido y él le gritó: "Traidora, esto no te lo perdono y al salir te voy a matar".

Ante tal amenaza, Dina se apresuró a hacer los arreglos necesarios para viajar a la Ciudad de México, e incluso logró que la institución en que trabajaba, autorizara su traslado a sus oficinas en el Distrito Federal.

Con tristeza dejó Dina su vivienda y su querida tierra, pensando en iniciar una nueva vida en un ambiente desconocido. Por suerte las cosas fueron distintas, ya que desde su arribo a México tuvo un recibimiento grato. Se alojó con la niña en un hotel y pronto encontró un departamento amueblado de acuerdo a sus requerimientos. Pero, no obstante que han pasado dos veranos, Dina no ha encontrado consuelo. La imagen de lo que vio en su cama todavía la llevaba encajada en su mente. Le dolía concebir que su matrimonio, el que consideraba sólido y armonioso, se hubiera derrumbado tan abruptamente. Dina estaba absorta en su problema, por lo que no se percataba del daño que le estaba ocasionando a su hija, quien, a pesar de su corta edad, absorbía el cambio drástico en el comportamiento de su madre, ya que en lugar de recibir los mimos acostumbrados, ahora la descuidaba. Sin embargo Dina cumplía cabalmente con su función laboral. Sólo que al terminar su horario de trabajo, era cuando buscaba tranquilizarse a través de la bebida. Después de un buen tiempo de alternar amigablemente con sus colegas, Dina no pudo rechazar la invitación que le hizo una compañera para festejar su cumpleaños y, agradecida, acudió a la reunión. En ese convivio conoció a Eduardo, un ingeniero más joven que ella, de carácter alegre, de mediana estatura, muy moreno y agraciadas facciones, quien tenía un buen puesto en una empresa llantera. Simpatizaron desde las primeras frases cruzadas. Hubo un trato amistoso que creció afectivamente y, sin proponérselo ella encontró alivio al lograr desvanecer su tortura mental, y así, entre ellos nació y se prolongó la chispa que sincroniza el pensamiento de dos cerebros inteligentes, los que han capturado el conocimiento que les facilitó entenderse comúnmente. Por ello, en un corto plazo decidieron vivir juntos, con miras a casarse una vez que ella consiguiera la anulación de su matrimonio, asunto que se estaba llevando a cabo a través de su embajada.

Esto se logró y ya casado Eduardo registró a la niña como su hija y desde ese momento se encargó de que recibiera la mejor educación.

Él no le dio importancia al hecho de que a ella le gustara beber vino tinto. Pero Dina empezó a beber una copa en la comida y fue aumentando la porción y la frecuencia hasta llegar a cambiar el vino por una bebida fuerte.

Se aficionó a tomar ron y poco a poco se convirtió en una alcohólica. Su marido tenía que esconderle las botellas, mostraba su enojo y aquella sólida comunicación que había entre ellos se fue desmoronando. Sin embargo, preocupado por el deterioro físico y mental de su esposa, Eduardo insistió en que fuera atendida por un especialista que contrató, pues tenía esperanzas de que se consiguiera su recuperación. Pero el rechazo de Dina fue tajante y no hubo manera de persuadirla a que aceptara su curación. Este problema siguió acrecentándose hasta que falleció, poco tiempo después, lo que fue considerado como suicidio.

La cita

Silvia Hernández Valdivia

Como muchas otras veces, Nora ya tenía preparada la ropa que también en esta ocasión había comprado con esmero, precisamente para la cita.

Era la mañana del sábado 23 de abril de 2016. Esta vez se pondría un vestido azul. A él le gustaba que usara falda o vestido, así podía ver y acariciar sus torneadas piernas cuando la tuviera cerca. ¡El muy tonto! (Muchas veces le dijo que ella lo inhibía, que la respetaba demasiado). Era lo más atrevido que había hecho. Bueno, además de que en una ocasión, en una intensa mañana, ¡sólo una! acarició sus senos. ¡Ah! y por supuesto, abrazarla y besarla de tal forma que a ella le bastaba para sentirse feliz. Era capaz de quedarse con eso, para esperar de nuevo, un buen tiempo, indefinido, hasta que se citaran otra vez y volvieran a encontrarse, "en carne y hueso". De nuevo esperaría hasta que él hiciera lo necesario para verla, pudiera o quisiera, o viceversa, para el caso, era lo mismo.

Durante varios días estuvo nerviosa, sintiéndose como en ocasiones anteriores, como en la primera cita, cuando aún eran muy jóvenes. Sentía la misma emoción que le provocaba siempre ver al hombre al que había amado durante tantos años.

A veces Nora pensaba que tal vez era sólo una fantasía, una ilusión, un error, una ironía de la vida, pero afortunada (o desafortunadamente) tenía la certeza de que él se sentía igual.

Puso un poco de perfume en su cuello, sabía muy bien, que, como solía hacerlo, Alberto también la besaría ahí, y que así, también ese día, y probablemente durante la noche, la seguiría evocando. Se maquilló discretamente, le preocupaba dejar huellas en la camisa de, ¿su amigo? Era ridículo, aún no sabía cómo definirlo a pesar de que lo conocía desde hacía mucho tiempo; hubo años de gran amistad, hechos y momentos que así lo demostraban; ¿su amante? Considerando la acepción en la que amante es aquel que ama, que manifiesta amor, pues sí, eran amantes. Sin embargo no llegaron a ser exactamente la pareja informal o clandestina a la que suele aplicarse el término.

Ellos eran otra cosa, su relación era más que eso, tenían una extraña y permanente conexión, aunque por algún tiempo no se vieran, ni se tocaran. Sus encuentros eran en otras circunstancias, algunas veces ocurrían casi por un inexplicable presentimiento, en los momentos importantes, ciertamente difíciles, puede decirse que trágicos; también en sus cartas, en los objetos, pinturas y esculturas que de cierta manera evocaran amor y

sensualidad en una pareja, en los libros, en la poesía, en la música y en los recuerdos que compartían.

Salió de su casa sin olvidar los regalos y las cartas que había acumulado para él, esta vez en poco más de dos años, y que también en esta cita, al fin le entregaría.

Llegó a Chimalistac, su lugar preferido, antes de la hora acordada. Caminó por el jardín; se sentó en la banca de siempre, observó con detenimiento los árboles, habían envejecido, como ella, como él; sintió que sus ramas parecían mirarla, como diciéndole ¿qué haces aquí de nuevo? Entonces se levantó, entró a la capilla y se quedó ahí unos momentos.

De pronto sintió sobre su hombro la mano de su eterno amigo, amante o lo que fuera. Salieron de ahí y vinieron el primer abrazo y el primer beso de esa mañana. La tomó de la mano; a ella le gustaban sus manos, de cirujano; le gustaron desde que lo conoció, fue lo primero que le atrajo, además de sus grandes ojos verdes. Regresaron a "su banca", conversaron sobre las cosas que recientemente estaban sucediendo en sus vidas, de lo que estaban haciendo en esta etapa de su historia, de sus nuevos proyectos, y hasta de sus respectivos hijos; rieron, se miraron, abrazaron y besaron, como siempre.

Nora le entregó las cosas que le había llevado, y sorprendido, otra vez dijo no merecerlas. Las vería después, y una vez recuperado de la emoción, le escribiría para corresponderle o para expresarle lo que le habían hecho pensar y sentir.

Llegó el momento de despedirse. Él le pidió que lo acompañara a su auto, sacó una caja decorada con ilustraciones de la pintura El beso de Gustav Klimt que le entregó diciéndole que le pertenecía, que ya era tiempo de que ella la tuviera. Le pidió no abrirla hasta que estuviera a solas. Se despidieron de nuevo, a su estilo.

Como muchas otras veces, quedaron caricias por sentir, cosas por decir, ¡y por vivir!

Regresó a su casa. Vivía sola. Había decidido, tal vez un poco tarde, ser honesta; si no era con un hombre con el que pudiera compartir un amor pleno y verdadero, no viviría con nadie. Hacía y disfrutaba otras cosas; tenía amigas, amigos, conocía a otras personas, viajaba, leía, escribía y aprendía cosas que le interesaban. Sus hijos habían tomado su propio camino; vivían lejos, pero a la vez, los sentía muy cerca.

Por la noche, abrió la caja. Empezó por leer la extensa carta en la que él le hablaba de cuánto la extrañaba y la necesitaba; de las cosas que le habían sucedido en los últimos

años, de la enfermedad y muerte del hermano al que tiempo atrás le había donado un riñón, de sentimientos que ella bien conocía, pero aun así, al verlos plasmados con su bella caligrafía, se conmovió.

Recordaba, oía, tocaba, y olía todo lo sucedido en sus encuentros, los planeados y los presentidos, esos en que sin llamarlo, llegaba, justo cuando más lo necesitaba: cuando se casó, en la repentina muerte de su madre, en la trágica enfermedad y muerte de su primer hijo, aún siendo un bebé y en la inevitable muerte de su padre.

Encontró cartas de otros años, poemas, fotografías de amaneceres, de atardeceres, de lunas, una litografía de Cupido y Psique, un dibujo de Florencia, a donde deseaban ir juntos algún día, una copia del Café Terrace de Van Gogh; una fotografía que se tomaron juntos en una de las citas en Chimalistac, con los árboles de fondo, de la cual también había una copia que hábilmente Alberto había transformado de tal manera que ellos aparecían desnudos con un fondo que simulaba una de las coloridas pinturas de Paul Gauguin y que al frente, tenía escritas las palabras "someday, somewhere". Todo tenía las fechas y dedicatorias en que probablemente se las habría dado. No pudo contener las lágrimas. . .

La mañana del domingo 24 de abril los hijos de Nora llegaron a casa de su madre. No habían tenido la fuerza y el valor de volver a ir desde que hacía poco más de un mes, inesperadamente, ella había muerto. Nora, a sus 55 años, simplemente se quedó dormida, no despertó más. La habían cremado y aún no decidían donde depositar sus cenizas. Les causaba mucho dolor tener que organizar, guardar o donar sus cosas, habían pospuesto todo eso pero ya era necesario. Encontraron la caja de Alberto con cartas y objetos de ambos. Había entre otras, dos notas que llamaron su atención:

6 de marzo,2016

Mi Alberto,
Ven a verme. Estoy nostálgica.
Nora

Lunes 16 de marzo de 2016.
Sra. Nora Luna:
Embargados de dolor nos apena comunicarle que nuestro padre, el Dr. Alberto Álvarez murió el pasado 12 de marzo por la mañana. Ha sido su voluntad que le entreguemos estos objetos. Sabemos lo mucho que él la amaba.
Marco y Karina Álvarez.

Sorprendidos, conmovidos, y aún sin comprender todo, siguieron leyendo; descubrieron cosas que no sabían sobre su mamá y lamentaron lo que sucedió con ese amor.

Decidieron entonces que esos objetos quedaran en la capilla de Chimalistac, junto con las cenizas y las memorias de Nora y Alberto.

Muertos o vivos, ¿qué importa? Aun siendo fantasmas, podemos amar.

Extracción de pigmentos naturales

El origen del color está en la naturaleza, tenemos una compilación histórica mexicana de plantas tintóreas y sus bases para la extracción, existe un legado importante y único en el mundo y que es nuestro "la Grana Cochinilla", debemos aprender, promover este rescate y fomentar la elaboración de pinturas de origen natural.

El taller rescata tradiciones, métodos y técnicas de extracción de pigmentos de origen prehispánico con fusiones contemporáneas, en donde los alumnos no sólo aprenden de él, si no, que también mantienen esta tradición por medio de la implementación de estas habilidades en el arte, el textil, alimentos y cosméticos.

Sara Rosalinda Pineda Ibarrola

Guadalupe Guerrero Castro
"Pigmentación Natural"
Impresiones de hoja sobre papel, oxido y tezontle sobre tela.

Cira Peláez Sánchez

"Roxo"

Lana teñida con tuna silvestre, hojas de árbol sobre manta, batik de col morada.

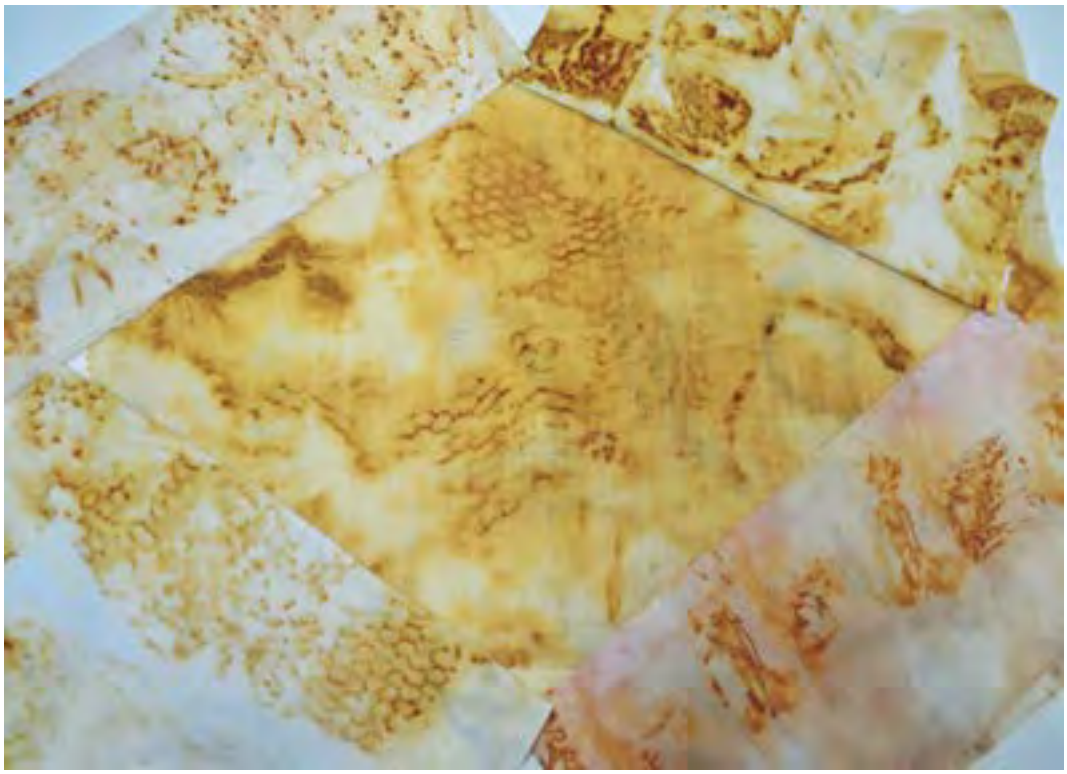
Adriana Vázquez Malagón
"Romance"
Tintas de añil y grana cochinilla sobre algodón

Mariana Ramírez Santiago
"Aves"
Tintas de añil y grana cochinilla sobre papel y tela de algodón

Ana Cristina Rodea Villagrán
"Melancolía del desierto"
Hojas de árboles varios sobre papel de algodón

Lesly Yazmín Bernal López
"Muestrario de altas magias"
Pigmentos naturales sobre estambre de lana y tintas sobre papel de algodón

Irene Rochín y Margarita Ramírez
"Sorpresa otoñal"
Ecoimpresión de hojas de árboles varios sobre manta de algodón y tubo de pvc



Patricia Pérez e Isabel Méndez
"Resurgimiento"
Metales oxidados sobre tela de algodón

Rosa María López Pelcastre y Patricia Martínez Juárez
"Terranova"
Tela de algodón preparada, enterrada, teñida con metales y minerales.

Alberto e Irene Rochín García
"Texturas"
Tela de algodón teñida con col morada, azafrán con amarres tipo shibori

Patricia Pérez Monsalvo
"Naturaleza"
Tintas de añil y grana cochinilla sobre tela de algodón.

Margarita Ramírez y Patricia Olguín
"Contrastes"
Ecoimpresión de hojas varias sobre papel

Lourdes López Rivera
"Fantasía"
Tintas de añil y grana cochinilla sobre tela de algodón

Carlos Giovany Torres López
"Herradura"
Impresión de material oxidado y hojas resinosas sobre papel de algodón.

Arte con Materiales Reciclados

Como espacio de encuentro y creación artística, en nuestro taller de *Arte con materiales reciclados*, nos recreamos desde la recolección y resignificación de objetos con el estatus de desecho o desuso, revistas, latas, bisutería, corcholatas, cd, botellas de pet, botellas de vidrio, monedas, juguetes o cualquier material de desecho por el cual se demuestre un gusto propio.

Aprendemos a manipular y transformar esta diversidad de materiales, creando relieves, esculturas u objetos de pequeño y mediano formato, estimulando a reflejar o plasmar nuestra propia expresión artística.

Dentro de éste proceso creativo, conservamos la premisa de que el hacer Arte reciclado, es un acto simbólico para ayudar a concienciar sobre el desperdicio y el consumo desmedido de productos, y su impacto en el medio ambiente y la sociedad, considerando que la mejor obra de arte es la conservación óptima de nuestro planeta.

María Elena Reverte Silva

Saúl Medellín Landa
"Búho"

Eduardo Sánchez Orta
"Juego de relojes"

Laura Estela Granados Landero
"La dama"

María Isabel Fuentes Sandoval
"La carcacha"

Pomoca Elena Carreón Fernández
"Búho madrugador"

María de Jesús Santiago Paz
"Piloto"

Cartonería

Aunque la Cartonería Mexicana posee una larga historia ligada a las fiestas populares, a los antiguos oficios barriales y al arte tradicional, es reciente que a poco más de una década se haya ido recapturando el interés de la población gracias al esfuerzo de instituciones culturales como museos especializados en arte popular, además de escuelas de talleres de artes como el mismo CCSHCP; aunque también en buena medida gracias a un renovado interés por los oficios de tradición que han vuelto a ser funcionales para una nueva generación de artistas y artesanos que encuentran en la cartonería y otros oficios importantes formas de expresión e incluso una nueva forma de manutención económica ante un mundo sin opciones laborales dignas o seguras.

Sin embargo, la cartonería tradicional no solo se enfoca a la producción de piezas de carácter artístico y artesanal, sino que abarca terrenos como la escenografía teatral, la ambientación publicitaria o incluso el cine y la televisión, eso sin abundar sobre su uso terapéutico y lúdico que se presenta a través de su enseñanza a distintos grupos sociales como lo pueden ser personas en condiciones de encierro, discapacidad o simplemente como una forma ocupacional.

Durante la actividad de 2016 los alumnos elaboraron distintas piezas, entre ellas algunas de carácter colectivo como las realizadas expresamente para la exposición dedicada a la banda británica "The Beatles" presentada en el Centro Cultural en las que se representó a algunos personajes de la película "El Submarino Amarillo" de 1968; además de algunas piezas individuales que aquí se presentan.

Augusto Quevedo

"Malosos" (Blue Meanies)
Cartonería
Yolanda Luna Levario, Sandra González Sodi, Diego Roberto Vargas Fernández, Paola Berenice Alfaro Mendoza, María Teresa Gaona Jiménez, Ioana Kirculesku Von Kimakowicz y Augusto Emiliano Quevedo Lara
2016

"Yolikan xiutik" (tranquilidad azul-turquesa)
Paola Berenice Alfaro Mendoza
Cartonería
66cm x 47cm x 15cm
2016

"La peor señora del mundo: Doña Jalada Mental"
ARACELI CUAUTLE BARTOLO
Cartonería
40 x 30 x 15 cm
2016

"Pachito el Gnomo de Jardín", 2016
Augusto Quevedo
Mixta
110 x 50 x 130 cm
2016

Cerámica y modelado en barro

En el taller de cerámica y modelado en barro se elaboran piezas con arcillas de diferentes tipos.
Lo más importante en este proceso de creación es la convivencia y el dialogo que surge entre el artista y las arcillas, las cuales tienen su propia personalidad , es un dialogo en el que el poder creador se expresa a través de este noble material, el cual permite al artista crear y recrear la expresión más profunda de su ser.
Es en este material en el que se ha escrito la historia de humanidad a través del mágico ritual que conlleva la realización de una pieza, desde manipular su humedad, plasmar una idea o sentimiento y llevarla finalmente al momento determinante de la quema final.

Las piezas resultantes son una obra material que el espíritu ha forjado.
Esperando que disfruten de esta muestra fotográfica, de piezas realizadas durante el ciclo 2016 en el centro cultural de la SHCP.

Rosalba Vázquez García

Claudia Libby Castillo Pérez
"El sabor de mis recuerdos"
Placas con engobe

Areli Delgado Mejía
"Paquita, la Alpaquita"
Cuerdas y Modelado

Guadalupe Vázquez González
"Dalí"
Modelado

Sonia Vega García
"Negro Floreado"
Cuerdas y engobes

Eugenia Delgado
"La Espera"
Modelado, Óleo, y hoja de oro en baja temperatura

Patricia Martínez García
"Serpientes y Escaleras"
Placas, Engobe y Esmalte de baja temperatura
100 X 60 cm

Susana Vargas Codina
"Rostro"
Modelado Directo

Ma. Isabel Méndez Pérez
"Inspiración"
Modelado, Patina de cobre y esmalte en baja temperatura

Pomoca Elena Carreón Fernández
"Vasija con Paisaje marino"
Pellizco, Esgrifiado y esmaltado

Sara Guadalupe Coellar Esquivel
"Pantalla"
Cuerdas en barro de Oaxaca

Ma. de Lourdes
"La Mujer Dormida"
Placas y Modelado en baja temperatura

Petra Salazar Neri
"Blanca"
Cuerdas en pasta blanca

Ma. del Carmen Correa Maldonado
"Nami la Sirenita"
Barro de Oaxaca, Modelado

Georgina Téllez
"Morterushcas"
Modelado en pasta blanca

Yolanda Luna Levario
"Vasija con Plato"
Gres, Esmaltado con cromo y negro, baja temperatura

Acuarela

La acuarela es una técnica muy interesante y dinámica, se requiere en primera instancia del conocimiento del dibujo, así como de una gran habilidad por parte del ejecutante y del conocimiento de las variables entre la humedad en el papel y la cantidad de pigmento y agua contenida en el pincel.
En esta excepcional técnica pictórica se puede lograr un espectro muy amplio que va desde una pintura perfectamente definida, hasta formas difusas donde el correr del pigmento sobre el agua crea atmosferas y texturas.

Trabajamos sobre diferentes temáticas, siempre con modelo, ya que la solución técnica de las dificultades que se enfrentan pintando del natural da como resultado un importante aprendizaje. Utilizamos solo 5 colores, con la finalidad de que el alumno aprenda a combinar los colores, logrando un sinnúmero de tonalidades, trabajamos sobre un papel cien por ciento algodón que posibilita el manejo óptimo de la técnica.

Felicito a los alumnos que durante este año se aventuraron en el conocimiento de la pintura al agua, reconozco el esfuerzo y entusiasmo de todos y cada uno de ellos.
Aprender a ver para aprender a dibujar, sensibilizarnos al color y sus diferentes tonalidades y reflejos, comprender los volúmenes, la luz y la sombra, expresar las luces en sombra y las sombras iluminadas. . .

Beatriz Gaminde

Fernando Solorio Guzmán
"Salute"

Sonia Trigo Arteaga
"Esperanza de Luz"

María Esperanza Vicario García
"Arreglo Primaveral"

María Esther Barragán Montoya
"Arcilla"

Guadalupe Rojas Herrera
"Lilis"

Dibujo de la Figura Humana

El manejo del dibujo y las adecuadas proporciones de la figura humana, la observación que se entrena con esmero, son los principales objetivos de un taller de esta naturaleza. Con una metodología que va desde la comprensión del cuerpo y sus diferentes partes, en la representación de un todo geometrizado, que permite manejar la proporción y el movimiento. Con una énfasis en el aprendizaje de las proporciones del rostro y los diferentes contrastes que dan como resultado la expresión.
El modelo posa durante toda la clase a veces en una sola posición, lo que permite trabajar la figura con mayor detalle y manejar los volúmenes con diferentes tonalidades de grises.

En otras ocasiones se trabajan poses cortas que permiten captar la posición y actitud general del cuerpo, en este caso se puede plasmar solo la línea o sombras manejadas con ashurado.

Felicito a mis alumnos que con entusiasmo y dedicación durante este año se aventuraron en el conocimiento del dibujo de la figura humana.
Sensibilizarse al manejo de la figura humana es aprender a ver, representar la belleza intrínseca del cuerpo humano sin estereotipos, representar la actitud del ser.

Beatriz Gaminde

Marco Guerrero
"Desnudo Femenino"

Laura Patricia Figueroa Medrano
"Estudio de Figura"

Guadalupe Rojas Herrera
"Modelo Femenino"

María Esther Barragán Montoya
"Autorretrato"

Dibujo y pintura

Con el paso del tiempo y el surgimiento de nuevas tecnologías que auguraban la desaparición de las artes plásticas, el interés por el dibujo y la pintura ha venido creciendo. Las antiguas técnicas y materiales como el carbón y los pigmentos siguen siendo en la actualidad medios propicios para las inquietudes expresivas de nuestros talentosos asistentes.

Los alumnos del Centro cultural de la SHCP producen obras cada vez con más sentido profesional y compromiso con el quehacer artístico, las exposiciones anuales son prueba de ello.

Eliseo Adrián Soto Villafaña

"Inspiración"
Javier Bibiano Navarrete
Acuarela

"Mandala"
Zoe Garcia Franco
Acuarela y rotulador

"Catedral de la Ciudad de México"
Ezequiel González Echeverría
Óleo sobre tela

"Desinformando"
Yolanda Luna Levario
Óleo y arena sobre tela.

"Caballo"
Esperanza Mejía Zarazua
Lápiz graduado

"Cerezos para mi madre"
Arlés Méndez Delgadillo
Mixta

"By your side"
Areli Montes Enciso
Acuarela

"Belleza"
Judith Clara Montiel Padron
Óleo sobre tela.

"Esperándote Aurorita"
Eduardo Ramírez Galán
Óleo sobre tela

"Miedo"
Mariana Ramírez Santiago
Lápiz graduado

"Suspiro de Violeta"
Araceli Rojas Gudiño
Lapices de color

"Ternura en la mañana"
Guadalupe Rojas Herrera
Acuarela

"Fátima elaborando pan"
Artemio Rojas Rodríguez
Óleo sobre tela

"El violinista II"
José Segura Figueroa
Óleo sobre tela

"Cachorro"
Fernando Solorio Guzmán
Lápiz de color y tinta china

"Tomemos un chapuzón."
Esperanza Vicario García.
Óleo sobre tela

"Marina"
Judith Villegas Pérez
Acuarela

AdentrARTE

a la plástica

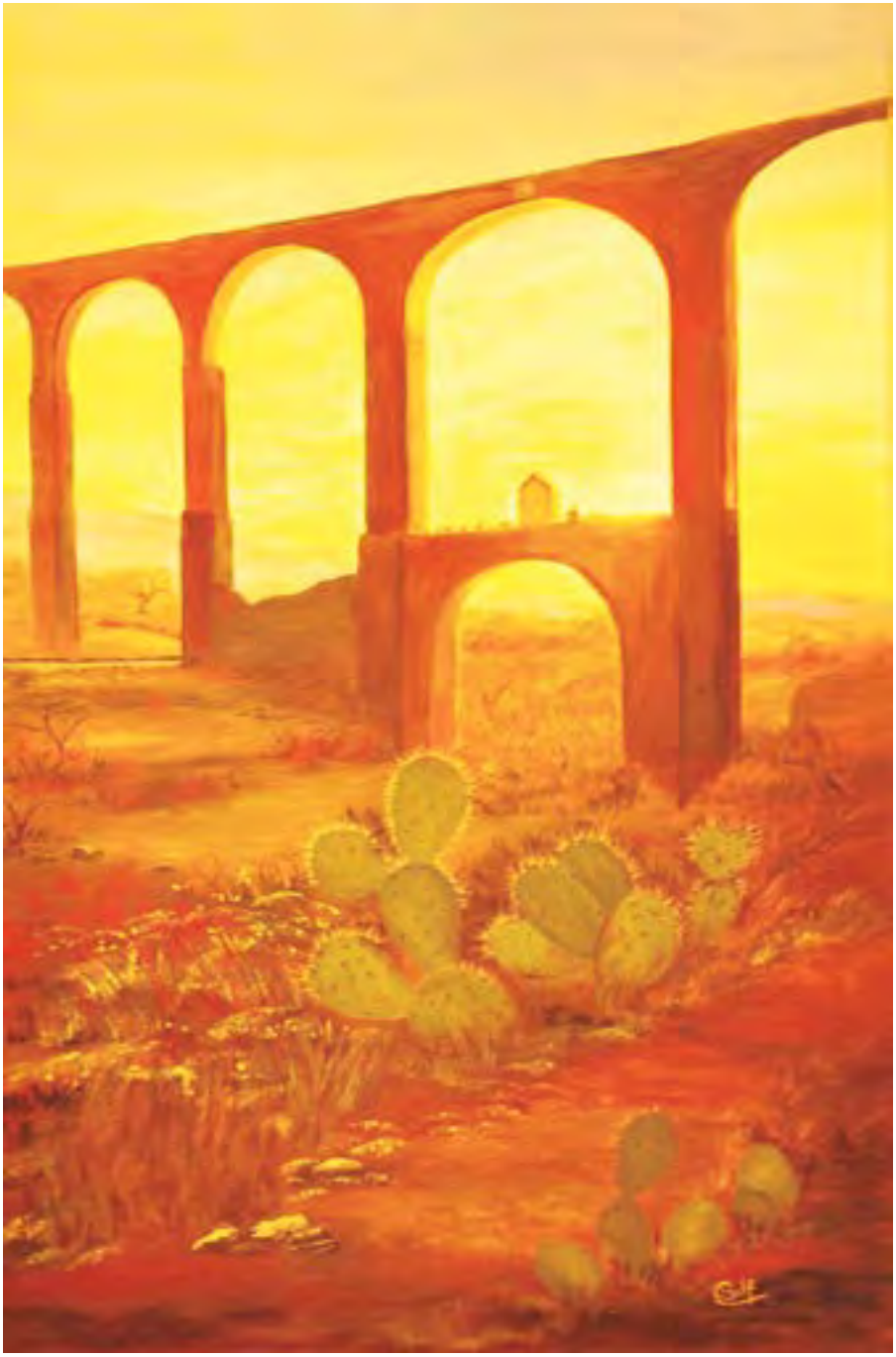
La Plástica es un medio por el cual representamos lo que sentimos, pensamos o nos gusta, precisamente por el gusto es como se crea la obra del grupo de alumnos comprometidos en el que hacer plástico, dibujar, pintar, esculpir, grabar es lo que les proporciona placer, me quedo con la vivencia del proceso de trabajo de cada uno de ustedes y el gusto de ver su rostro de satisfacción al terminar su obra. Mi agradecimiento a Onésimo, Silvia, Isabel, Lucero, Carmen, Magdalena, Ángeles, Mariana, Angel, Esther, Sandra, Yarett y José Luis, por los lazos de amistad y gratos momentos en el taller, gracias por coincidir.

Agradezco a Martha, Edgar, Laura, Rosi, Caro, Julieta a todo el personal del Centro Cultural de la SHCP que hacen posible el espacio para que se realicen los talleres

Rosario Monroy Castillo

María Esther Barragán Montoya
"Grandeza"
Óleo

Yarett Adlai Castro Montañez
"Nancy y Jonathan"
Acrílico



Silvia Luz Cortés Franco
"Acueducto"
Óleo sobre tela

Concepción Lucero Cruz Gatica
"Maceta"
Acrílico

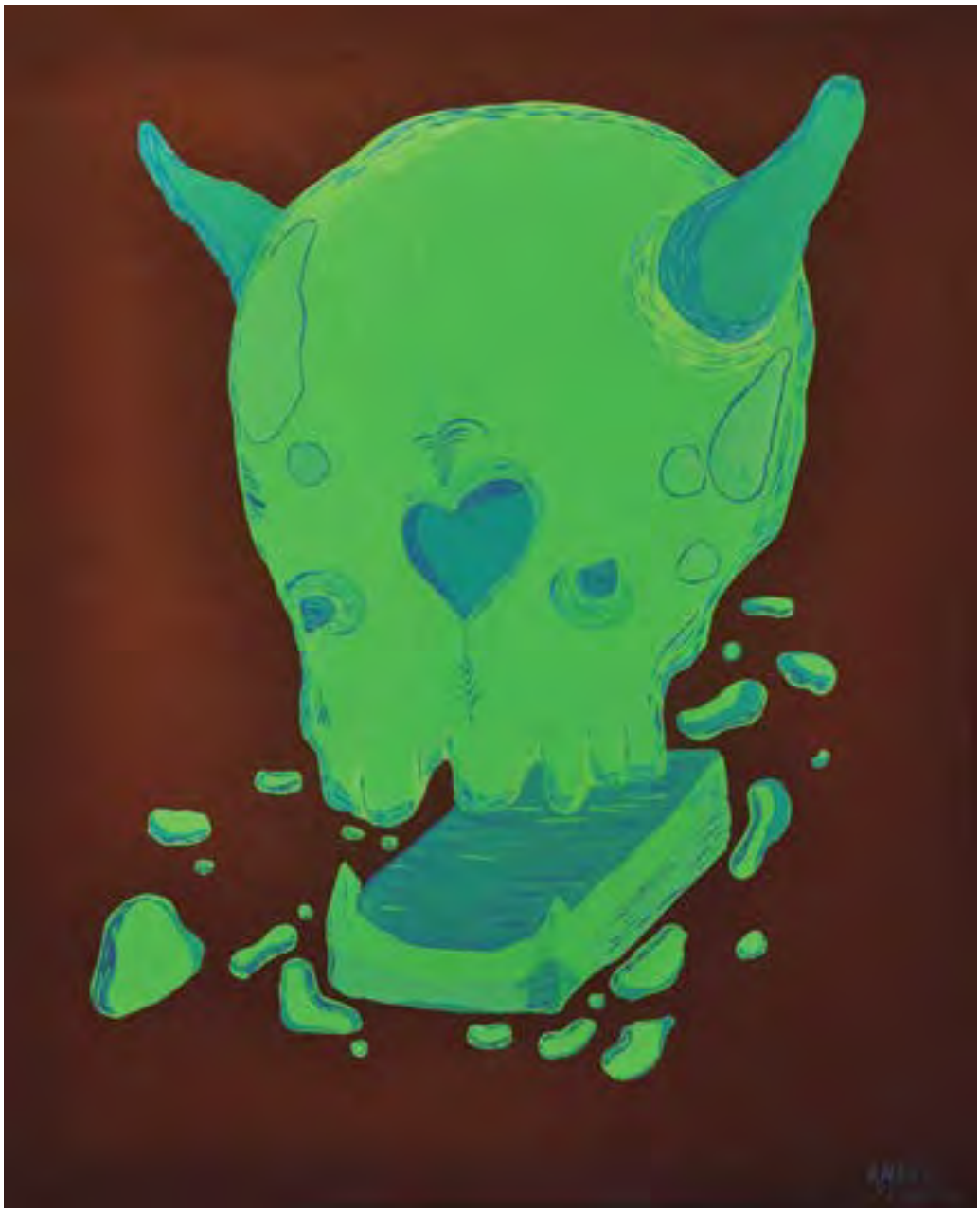
María de los Ángeles Melo Sánchez
"Molcajete"
Acrílico

María del Carmen Rosario Ramírez Hernández
"Gran logro"
Acrílico

Mariana Ramírez Santiago
"A través de la mirada"
Tinta

Isabel Rivera Olvera
"Naturaleza Muerta"
Acrílico

Magdalena Rivera Olvera
"Septiembre"
Acrílico



Ángel Tellez Recinas
"Urû"
Acrílico

Onésimo Torrez González
"Duraznos"
Óleo

José Luis Vergara Estrada
"Kate"
Pastel

Diseño tridimensional de piezas de madera

El taller es una invitación a talladores y escultores, aprendices y practicantes de un arte que consiste en desbastar y pulverizar bloques burdos de madera, esculpirlos, hasta convertirlos en objetos estéticos y /o utilitarios. Convertimos un trozo de la naturaleza en una emoción, en un pensamiento que transita por nuestras manos al labrar la pieza. Para lograr el objeto deseado es indispensable seguir un proceso, un paso a paso que le brinda seguridad y precisión al alumno en la transformación de la madera a una escultura.

Cuando un alumno imagina su pieza, a partir de ese momento la escultura ya está dentro del bloque de madera, sólo basta irla descubriendo desbastando el material.

José Antonio Pérez Luna

Téllez Salgado Georgina
"Lámpara Luna"
Escultura en Ayacahuite

Domínguez Corona Ana Laura
"Elefante Caja"
Escultura en Ayacahuite

Nájera Díaz Elías Jesús
"Conejo"
Escultura en Caoba

Ramírez Santiago Mariana
"Perfil"
Relieve en Ayacahuite

González Meneses Josefina
"Elefante"
Escultura en Ayacahuite

Anaya Tepox Crisóforo Manuel
"Torso"
Relieve en Banak

Impresión-ando libros

La intención y el gusto por el taller de encuadernación surgen con la idea de hacer desde aquí un pequeño pero significativo homenaje al libro; tratando de entender el libro como ejemplo de diálogo, el libro, como contenedor de conocimiento, como reciprocidad y como intercambio, el libro, como medio y forma más fiel por los cuales se conservan y atesoran los pensamientos de hombres y mujeres, plasmados a través de la escritura para compartir por generaciones entre esta; nuestra humanidad.

En el taller Impresión-ando libros; estamos construyendo un espacio en donde haya retroalimentación, un lugar donde fluya y circule el conocimiento en todas direcciones, del instructor hacia los alumnos, de los alumnos hacia el instructor y sobre todo entre los alumnos enfocando todo este ejercicio de compartición en la construcción de Libros a través de las técnicas y procesos adecuados para la realización de libros blancos con estructura y resistencia de los ejemplares contemporáneos que podemos encontrar en bibliotecas y librerías. Libros personalizados, decorados, funcionales, estructuralmente resistentes, hechos a mano y utilizando el material propio de su entorno.

En este ciclo de 2 cuatrimestres hemos dejado una buena impresión en nuestros libros, impresión hecha con diferentes técnicas, procesos y materiales que permite hacer piezas de diseños únicos, libros que han dejado huella entre todos los que formamos este grupo de trabajo, libros que al final del día nos han dejado y nos seguirán dejando impresionados.

Wilfrido Salvador Eugenio

Gabriela García M

"Más allá del león"

Media encuadernación en tapa dura y lomo cuadrado. Tela brillanta y papel grabado en linóleo impreso a una tinta

Sandra Sofía Soto
"Encuadernación tropical"
Encuadernación entera en tela, tapa dura y lomo redondo
Impresión sobre tela con sellos de goma

María de Lourdez López Rivera.
"Arcoiris"
Encuadernación en bandas, tapa dura y lomo cuadrado.
Tela brillanta y papel pintado al engrudo.

Norma Ramírez

"¿Adivinas cuál soy?"

Encuadernación en tres piezas, tapa dura y lomo cuadrado. Tela brillanta y papel estampado con sello de goma colocados en nichos.

Patricia Pérez
"Otoño"
Encuadernación en tres piezas, hojas sueltas, tapa dura y lomo cuadrado. Tela estampada en serigrafía y papel hecho a mano.

Isabel Méndez
"Verde y rosa"
Media encuadernación en tapa dura y lomo cuadrado. Tela brillanta y papel de aguas pintado a mano.

Evelyn Mena

"Todas las personas, todos los derechos"

Costura de ojal, entera en tela, tapa dura y lomo cuadrado. Tela brillanta y cinta decorada.

Roberto Coronado Muñoz
"Naranjas agrias" (izq.) "Rebambaramba" (der.)
Encuadernación japonesa en tapa dura. Tela y papel hecho a mano calado con incrustación de billetes antiguos.

Mirna González González

"Navidad"

Encuadernación de un solo cuadernillo en tapa flexible y costura encadenada.
Papel decorado con sellos y aplicaciones de lentejuela.

Norma Ramírez
"Aire"
Encuadernación de un solo cuadernillo en tapa flexible y costura encadenada.
Papel decorado con sellos.

Hector Monroy
"Billetera I y II"
Encuadernación rústica de hojas sueltas. Papel hecho a mano,
cantos decorados y guardas impresas en serigrafía.

Patricia Olguín Alvarado
"Inspiración"
Encuadernación entera en tactopiel, tapa dura, lomo cuadrado decorado con relieves y papel hecho a mano.

Jacinto Andrés
"Hojas al viento"
Encuadernación rústica. Tapa flexible decorada con pintura acrílica con zanahoria como sello, simulando hojas.

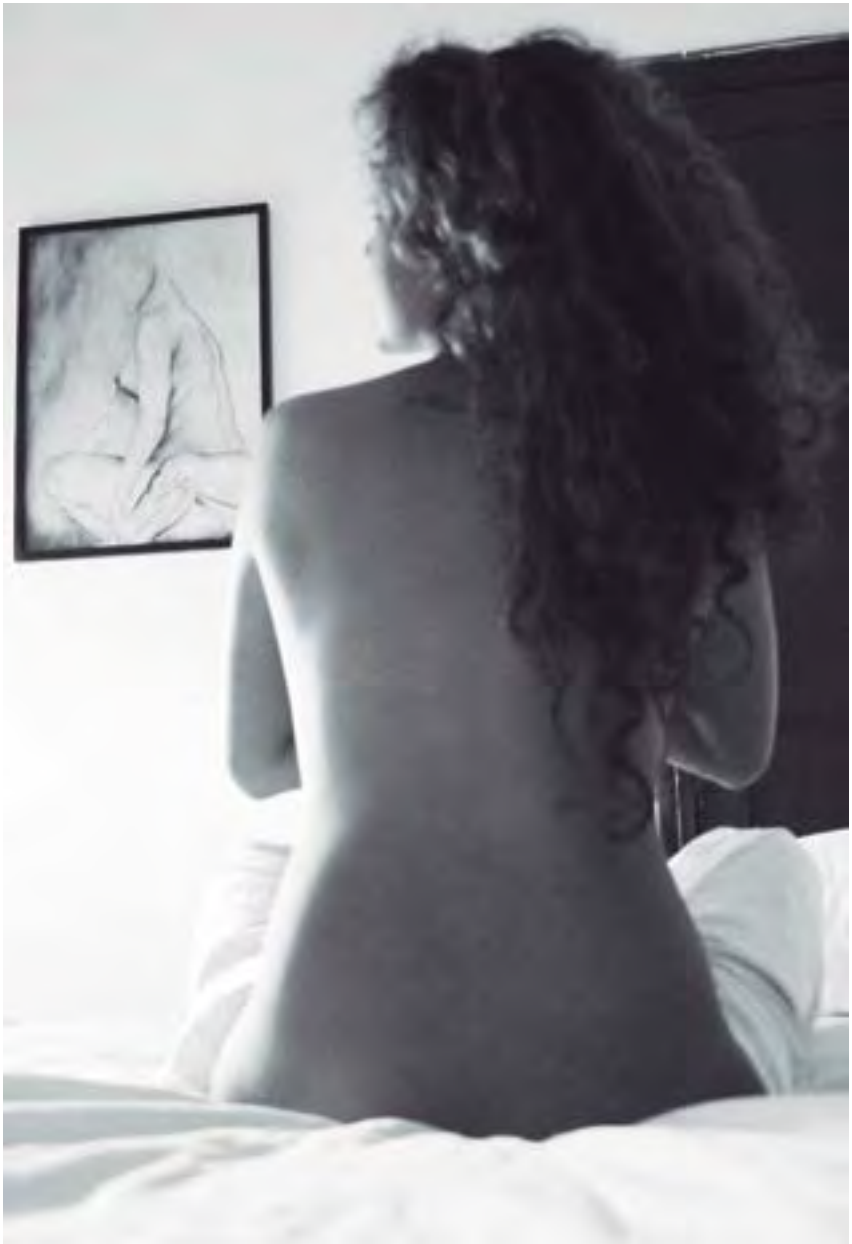
Fotografía contemporánea

Abre una ventana al conocimiento de la evolución de la fotografía, haciendo partícipes a los alumnos de sus protagonistas y todas las tendencias artísticas de la fotografía contemporánea, para una formación integral en la asimilación de las características que las definen, para concluir con el desarrollo de un proyecto personal que servirá de colofón de todas las experiencias aprendidas.

Arturo Betancourt Rosales

"Profundidad"
Ara Cervantes
Cámara Digital. Escuela de Dusseldorf

"Atrapa Pokemones con el poder de Jesucristo"
Augusto Emiliano Quevedo Lara
Fotografía manipulada digitalmente
2016



"Desnudo"

Catalina Martínez Cadena

Inspirado en las técnicas de la fotógrafa Mona Kuhn, imagen con luz difusa, monocromática contemporánea, natural e intimista, destacando las zonas de luz y sombras y líneas.

"Fantasma en Santo Domingo"
Carlos Giovanny Torres López
Fotografía traadicional

"Decadencia o Culminación I"
Ma. del Carmen Rosales Cardenas
Fotofrafía Digital

"Mujer que florece"
Lourdes Hernández Barajas
Foto digital intervenida

Maricruz García Baltazar
Imagen digital
2016

"Infancia es destino"
María de Jesús Santiago Paz
Fotografía Digital

"Cuando el cuerpo canta"
Martha Lara Vázquez
Digital

"La unión"
Reveca Mireles Cruz
Fotografía Dígital

"Silueta de Mujer"
Rosa Helia Juárez Pérez
Texturas y reflejos

Acuarela, luz y color

La técnica de la Acuarela consiste en aplicar capas transparentes que se irán superponiendo para conseguir colores más obscuros. Se pinta de claro a obscuro y el blanco de esos colores es el blanco del papel o la luminosidad nos la da el blanco del papel.

El taller de acuarela está constituido con la participación de 20 alumnos de los cuales la mayoría tiene aptitudes para esta técnica y los demás se encuentran en el proceso de aprendizaje bueno; cada alumno aporta al taller ideas diferentes y junto con el profesor se logra un taller interesante y ese resultado se ve en las acuarelas de cada alumno.

Roberto Mendiola Cruz

"Amapolas"
Alicia Sanchez y Herrera

"El patio de mi madre"
Angeles Melo Sánchez

"Ramillete"
Angeles Vázquez Durante

"Nostalgia"
Concepción Lucero Cruz Gatica

"Pacto"
Concepción Ortiz Rubio

"Son de la Tarde"
Gabriela Izquierdo Barroso

"RinRin Doll"
Guadalupe Rojas Herrera

"Muñecas mexicanas"
Lilia Peña López

"El primer beso"
Ma Angelica Sanchez Herrera

"Meditando"
Ma Elena Perez Martinez

"Antigua"
Ma Guadalupe Vazquez Gonzalez

"Farol"
Onésimo Torrez Gonzalez

"Ultima tarde"
Rafael García Estrada

"Venecia"
Rosa Ma Rocha Medina

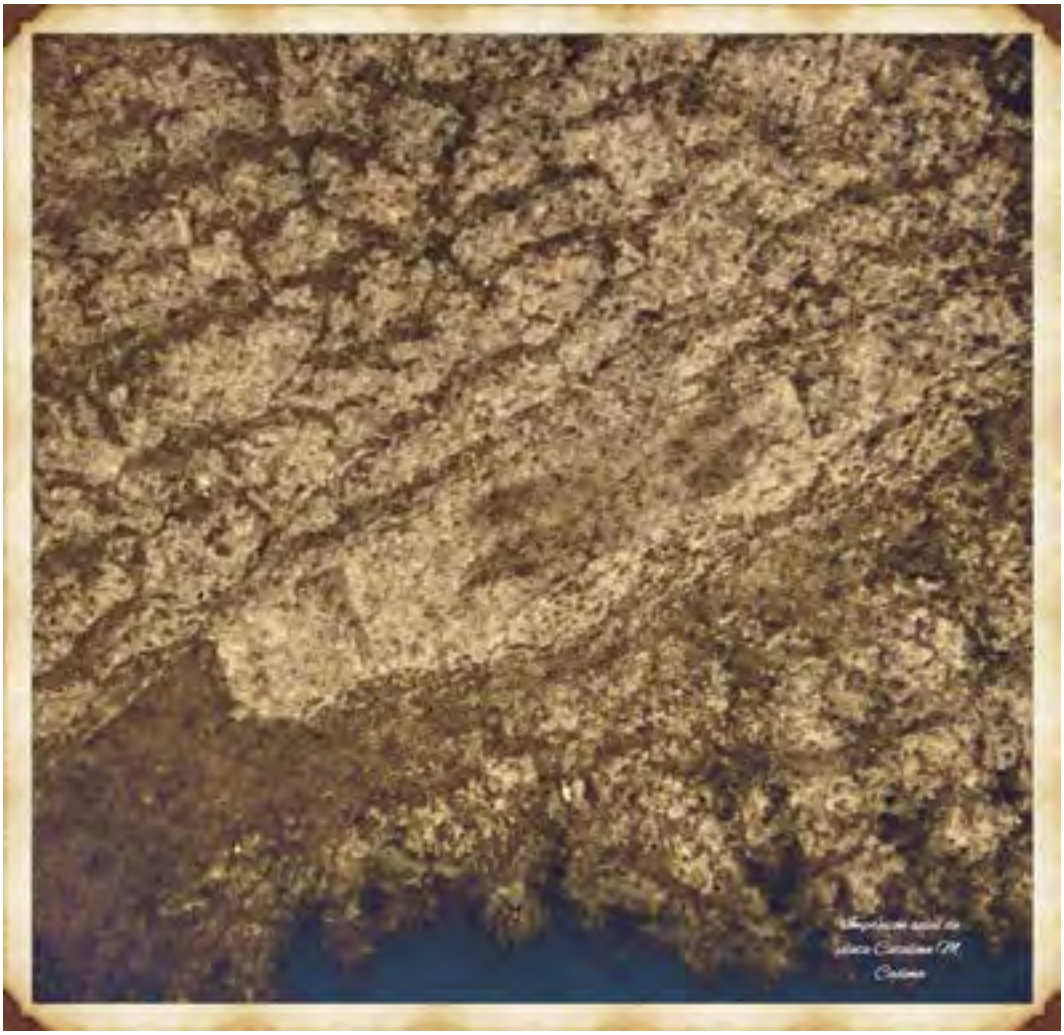
"Tazón con duraznos"
Yolanda Luna (Yoiss)

Técnicas fotográficas alternativas

Las técnicas fotográficas desarrolladas durante el siglo XIX han resurgido en el presente en el interés de los fotógrafos en particular. La relación tan estrecha de la fotografía con los avances tecnológicos la han hecho depender de sus alcances y posibilidades plásticas. Las técnicas antiguas se presentan como una herramienta que estrecha la relación de los artistas de la fotografía con su propio trabajo. Este taller no pretende sin embargo rechazar el uso de tecnología sino por el contrario recurrir a ella para enriquecer las imágenes, como las que se presentan en la carpeta de los artistas participantes de este taller.

César González Trinidad

"Barquitas"
Rosa Helia Juarez Pérez
Cianotipia



"Inocencia"
Catalina Martínez Cadena
Papel salado

"Tríptico"
Horacio Fernando Guerrero Tapia
Cianotipia

"Vendedora"
María Elda Tepepa Madrid
Cianotipia

Créditos

Secretaría de Hacienda y Crédito Público

José Antonio Meade Kuribreña
Secretario de Hacienda y Crédito Público

Ignacio Vázquez Chavolla
Oficial Mayor

José Ramón San Cristóbal Larrea
Director General de Promoción Cultural
y Acervo Patrimonial

José Félix Ayala de la Torre
Director de Acervo Patrimonial

Martha López Castillo
Directora de Colecciones y Promoción Cultural

Edgar Eduardo Espejel Pérez
Subdirector de Promoción Cultural

Laura González Bobadilla
Jefa del Departamento de Cursos y Talleres

Promoción Cultural SHCP

Estela Munguía Caballero
Jefa del Departamento de Difusión

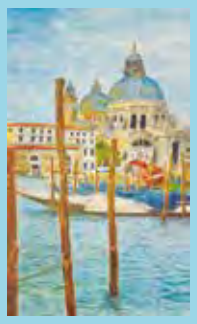
María de la Luz Gómez Arias
Coordinadora de Información

Griselda A. Martínez Domínguez
Diseño Editorial

Arely Michaca
Retoque de Imágenes

Rosa Cervantes Hernández
Carolina Sedano Martínez
Martha González García
Silvia Margarita Fernández Ramírez
Julieta E. Rojas Villegas
Apoyo Logístico

Se terminó de imprimir en febrero de 2017, en los Talleres de Impresión de
Estampillas y Valores (TIEV) de la SHCP en la Ciudad de México.
Forros impresos en papel couché brillante de 250 gr.
Interiores impresos en papel bond de 120 gr.
El tiraje fue de 500 ejemplares encuadernados.



Portada:
"Venecia"
Rosa Ma. Rocha Medina
Acuarela, 2016

Oficialía Mayor
Dirección General de Promoción Cultural y Acervo Patrimonial
Centro Cultural de la SHCP

SHCP
SECRETARÍA DE HACIENDA
Y CRÉDITO PÚBLICO

ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

CENTRO CULTURAL DE LA SHCP